


victoria



Ayuntamiento de Madrid

Palabras del Comisario



Por encima de los muertos, *¡¡ A D E L A N T E !!*

CAMARADAS SOLDADOS:

En este año de lucha dura y larga, en estos doce meses de sacrificios y de esfuerzos, hemos caminado mucho hemos avanzado con paso seguro y firme hacia nuestra definitiva liberación. Pero todavía no lo hemos hecho todo; aun estamos lejos de lograr por completo nuestros ideales manumisores. Supimos en un primer instante de heroísmo y valor contener el empuje de los traidores, asaltar sus reductos, aplastar su intentona en más de media España. Supimos luego, resistir sin armas el empuje de los ejércitos extranjeros, batirnos a pecho descubierto contra media Europa coaligada en contra nuestra. Fuimos capaces de todo: de morir sin dar un paso atrás; de dejarnos aplastar por los tanques enemigos para formar con nuestros cuerpos muertos la barrera que contuviera la invasión exótica; de crear de la nada un ejército poderoso e invencible. Lo que hicimos ya es prueba y demostración de lo que podremos hacer en adelante. Es la base firme de nuestra inquebrantable convicción de que la victoria solo podrá ser nuestra.

Pero, por grande que sea esa confianza, no podemos hoy, en la fecha del aniversario, dejar de sentir tristeza y pesadumbre cuando al volver la vista atrás recordamos a todos los hermanos caídos. A Francisco Ascaso muerto pistola en mano cuando entraba en Atarazanas; a Mora, caído como un león en lo alto de Gredos; a Domínguez y Arenas y el Negus que supieron luchar y morir como hombres en la Casa de Campo; a Durruti que entregó su vida a la liberación de Madrid; a Pedro Orobón, herido en el corazón por la metralla fascista; a Senderos, periodista y hombre, ejemplo de jóvenes muerto en Toledo; a este pobre Isabelo Romero que el trabajo excesivo, las privaciones y las miserias nos rompieron ayer mismo, cuando más le necesitábamos; a todos los héroes anónimos, a todos los anarquistas de corazón, que supieron cumplir el juramento que todos nos hicimos en la jornada inmemorable de 19 de julio, de morir luchando antes que dejar franco el paso a la canalla fascista.

Todos ellos han caído como hombres. Todos ellos murieron como siempre habían vivido, como anarquistas sin miedo y sin tacha. Todos ellos dejaron a nuestro lado vacíos difíciles de llenar, huecos que solo podremos cubrir a fuerza de entusiasmo, de abnegación y de sacrificio. Pero todos ellos son para nosotros algo más que un recuerdo sentimental. Son un compromiso, una obligación, un deber inexcusable. No podemos tributarles, porque nos deshonraría, un homenaje cobarde de tipo burgués, de un minuto de silencio. Les debemos el homenaje de nuestra victoria y de nuestra venganza. Venganza que aplaste en el suelo español toda sombra de tiranía. Victoria que haga fructificar la semilla liberadora que enterramos con sus cuerpos, cuando nuestros enemigos podían creer que enterrábamos cadáveres.

Vosotros, heroicos soldados de la División 42, habéis escrito páginas sublime de heroísmo en los últimos días. Supisteis ser dignos de vosotros mismo, cuando os lanzáteis sin vacilar contra un enemigo superior, parapetado tras las ágrestes montañas de los montes Universales que cercan y guardan Albarracín. Así habéis de actuar siempre. Así actuaréis siempre, porque así actuásteis desde el comienzo mismo de la lucha que sostenemos. Vosotros, sin necesidad de palabras bonitas ni arengas huecas, conocéis vuestra misión y la cumplís. Vosotros, como todos los hermanos caídos en estos doce meses de heroísmo y sangre, también sois un ejemplo magnífico para todos los hombres dignos de España.

Nuestro camino no es, en verdad de rosas. Ninguna revolución se hizo con caricias. Pero, por encima de todas las dificultades, venceremos. A fuerza de corazón, a fuerza de heroísmo y valentía, la victoria será nuestra. Tendremos que llorar lágrimas de sangre sobre los cuerpos muertos de los hermanos caídos. Pero nuestros hijos serán libres, sin que frente a ellos se levante jamás el espectro sangriento de ninguna tiranía.

JOSE VILLANUEVA

Ayuntamiento de Madrid *Comisario de la División 42*

MANUEL SALGADO

Una vida, llena de luz. Su biografía no cabe en los límites de una página, ni en el cálculo sereno de unos datos sinceros arrancados de un archivo leal. Su biografía, no podría ser más que esta: Un hombre bueno, que no sabría nunca dejar de serlo. Pero en la revalorización actual, donde cada capacidad, tiene que ser pasada por el tamiz de una crítica aguda la figura de Manuel Salgado, resiste todos los embates, se agiganta a cada cambiante de luz, y se refleja en el espejo claro de la lealtad, con toda su poderosa eficiencia. Y, es ella misma, la que por un fenómeno de espejismo, nos da hecho el retrato anhelado.

Manuel salgado, es un ejemplo de capacidad, de honradez, de laboriosidad silenciosa y elocuente, valor nuevo, en el crisol de esta hora augusta, en la que el pueblo ha dado en parir, los más firmes sostenes de su soberanía inmaculada.

Militante anarquista, desde su primera juventud, no tiene otra túnica azul que la de su propio ideal. Y a él se entrega de corazón. sembrando con la mística tenacidad del convencido, el camino espinoso, que ha de redimir y liberar a todos. Y es allá por los años 19, 20 y 21 donde empieza a paladear las mieles de su desprendimiento y de su consecuencia, visitando periódicamente, las principales cárceles de España, donde se pretende atenazar, a latigazos, la llama viva de su cálido humanismo. Y es, en el ad-

venimiento de la Dictadura, donde Manuel Salgado es traído y llevado como presa valiosa, agigantando con su persecución, la fiebre de libertad que predica, con esa superioridad solo reservable a los elegidos.

Y es, en la noche de San Juan, donde su corazón curtido por todos los dolores, revienta el lírico entusiasmo, llenando con voz autorizada de blancos presagios, a los compañeros, que faltos de fe, no creían la aurora próxima.

Y del incendio de su cerebro privilegiado, surgen con resplandor de triunfo, iniciativas, que poco a poco van cristalizándose en carne de revolución.

La musa de Manolo Salgado, es siempre su modestia. Trabaja sin descanso, pero de puntillas, en silencio, sin desperdiciar

hora ni minuto. Y de pronto, le vemos en el Ateneo del Sur, al que dedica todos sus entusiasmos, sin olvidar ningún medio anarquista, laborar ímprobamente, con afán de iluminado. Y es, en esta obra de cultura, donde el temperamento del gran luchador aparece más esplendente y más lozano.

La Revolución, le sorprende ¿cómo no? en su puesto de trabajo, Manolo Salgado, se había adelantado a todas las improvisaciones.

Era, lo que lisa y llanamente podía llamarse, una cosa hecha. Un fruto maduro. Y como representante de ese Ateneo del

Sur, donde dejó lo mejor de su vida y de trabajos, ejemplarizando con su palabra autorizada en la tribuna, y con la acción de su hechos, en la calle, y con la estela de su pluma en la hoja volandera, va al Comité de Defensa, donde su labor desde los primeros momentos no tiene rivalidad posible.

Su calidad de práctico luchador, le lleva con su fusil al brazo, a la epopeya inicial que siguió a la traidora sublevación. Y su pecho alienata, con retador impulso en Toledo, y en todos aquellos jalores, donde las Milicias Confederales, van escribiendo los sublimes trazos de un triunfo inigualado.

Llega el 7 de noviembre. La figura señera de Salgado llena el vacío de muchas actividades en fuga. Se le encarga de los Servicios Especia-

les del Ministerio de la Guerra, y es aquí, donde un especializado trabajo biográfico podría encontrar, en este hombre todo dinamismo. El balance de su labor, es el vértice seguro de los más grandes éxitos de conjunto. La defensa de Madrid, tiene en la labor callada y constante de este prodigioso trabajador, uno de sus más firmes puntales.

Su talento, su capacidad, su prestigio, su cultura rebasa su propia modestia.

Y es entonces, ante el aplauso de todos, cuando la biografía de Manuel Salgado, se retrotrae a su pristina luz... No es más que eso. «Un hombre bueno, que no sabría nunca dejar de serlo»...

Y la revolución, sigue su curso consumiendo poco a poco, el contenido de hombres como Manolo Salgado...



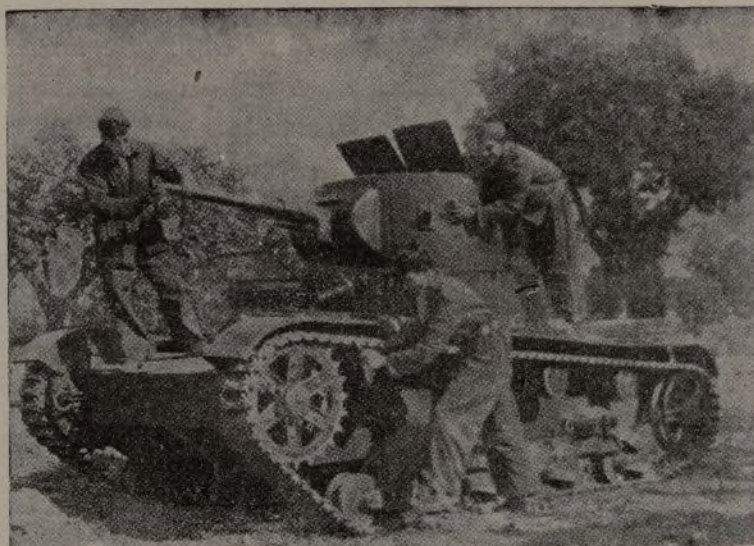
Vidas de acero



El estrépito de sus hierros sacudidos por las desigualdades del terreno y por las explosiones de los proyectiles que el enemigo dispara contra ellos intentando detenerlos en su marcha arrolladora e inexorable, llega a ensordecer a los heroicos soldados del pueblo, que dentro de esas máquinas modernas representan el es-

fuerzo heroico de un pueblo que lucha por sus libertades y por el porvenir seguro de sus hijos.

Estampa de la guerra de nuestros siglos, monstruo de destrucción y de muerte que los hombres de épocas pretéritas no llegaron a conocer, es también en manos de los luchadores del pueblo fiel servidor de los supremos intereses de la libertad y de la paz. Por las bocas de sus armas de fuego salen los proyectiles que, queriendo vencer en la guerra que se ha desencadenado sobre los campos de España, quieren también contribuir de una manera segura y eficaz a que desaparezcan del mundo todas las guerras y a que todos los hombres esparcidos por los infinitos límites de la tierra lleguen a comprender que son hermanos y no enemigos. De los tanques que se arrastran por encima de nuestros campos desgarrados, que pasan sobre las piedras a las



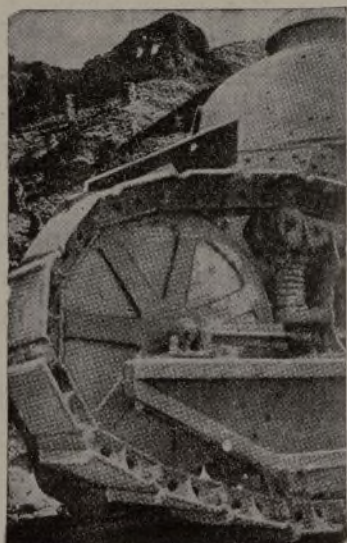
que destruyó la metralla de las grandes explosiones, sobre los trigos a los que la guerra cortó sus anhelos de altura y de espiga madura, saldrá también la libertad de España y el germen fecundo de las libertades de todos los trabajadores del mundo.

Sus hierros y sus aceros son hierros y aceros que palpitan bajo el fragor de los combates con ansias incontenibles de paz. Hacen la guerra, vencen en la guerra, para que la guerra se aleje para siempre del porvenir de los niños que mañana serán hombres. Para asegurar a las nuevas generaciones que el hombre dejará de ser fiera para el hombre, y que cantos de fraternidad se elevarán hacia los cielos serenos del porvenir.

¡Tanques! Máquinas con entrañas de sangre joven y heroica, que se lanza serenamente a los mayores peligros, a las más arriesgadas empresas para asegurar a los luchadores del pueblo la victoria a que les dan derecho sus sacrificios y sus heroísmos; los esfuerzos que ellos han sabido realizar, y la sangre que sus hermanos de clase y de carne explotada han derramado para librarse de sus eternos opresores.

¡Tanques! Máquinas de

guerra al servicio de la victoria del pueblo, que es la victoria de la paz. En las rodadas profundas que marcáis en la tierra española, se cobijan los tintineos agudos del triunfo de la libertad. Y cuando cese el fragor de los combates, volveréis, tractores descentrados de vuestra misión de paz, a pasar sobre los campos que hoy desgarráis, para abrirlos nuevamente en surcos que acogerán los granos fecundos, espigas en promesa de los días mejores que se dibujan en el porvenir de todos los trabajadores españoles.



EDUARDO VAL

Estampa de hombre callado y modesto, con su cuerpo lleno de energía envuelto en el «mono» de los proletarios, «mono» simbólico en este caso concreto, encarnación de la voluntad de libertad y de la capacidad inagotable de trabajo y autodisciplina, une a su historial inmaculado de luchador incansable y siempre consecuente con las posiciones que en todo momento y cualquier circunstancia ha defendido, una labor práctica y fecunda que es desde luego insuperable y para la que es difícil encontrar las palabras de alabanza—palabras de justicia en este caso—que sean dignas de la labor misma que se trata de presentar. De presentar y no de enaltecer, porque puede enaltecerse lo mezquino, lo que necesita de juegos de palabras para que destaque sobre la mediocridad o aun entre lo bueno no excepcional. Pero en ningún caso puede enaltecerse con la palabra escrita, toda una obra que tiene su mejor ejecutoria en los resultados prácticos que con ella se han logrado.

No es en el movimiento, a raíz de la rebelión de julio de 1936, cuando la figura de Val se destaca con su trazo firme de luchador infatigable. Ya antes de iniciarse el movimiento subversivo que ha lanzado la destrucción y el dolor sobre todas las ciudades y sobre todos los campos de España, la línea escueta y enérgica de Val se había puesto claramente de manifiesto.

Del Sindicato Gastronómico, de una manera silenciosa, práctica y valiente—a su manera—, dirige la huelga de camareros de 1936, uno de los primeros jalones de la liberación de la España popular y trabajadora, e interviene después en aquella escaramuza gigantesca, preludio de las batallas que después se desencadenaron, que se llamó huelga de la construcción.

Y llega julio de 1936. El pueblo se lanza incontinentemente a rescatar las libertades y la paz honrada y limpia que se le quería arrancar desde dentro de los cuarteles por la fuerza, desde dentro de los palacios y de las mansiones señoriales con la intriga. Y detrás de toda esa actuación heroica del pueblo, detrás de sus esfuerzos inorgánicos, detrás de sus actuaciones heroicas y esporádicas, se agita la figura de Eduardo Val, el hombre callado y modesto pero de visión amplia, orgánica, de lo que eran y más aún de lo que iban a ser aquellas jornadas trepidantes de entusiasmo y de pasión.

Y entonces, junto con el luchador, se pone de manifiesto el hombre del método, de la gran capacidad de autodisciplina, y con las dotes necesarias y suficientes para llevar el espíritu de autodisciplina a todos los hombres libres que se agrupaban en torno a las banderas rojonegras de la C. N. T.

Entonces, en los días duros y llenos de energía desbordada que siguieron inmediatamente a la rebelión, Eduardo Val supo ser el hombre que canalizase los esfuerzos de todos para mejor llegar a la meta común. Entonces, Eduardo Val dirige toda la

organización y toda la acción bélica de los hombres de la Confederación; entonces es el que pudiéramos llamar—si en la organización confederal se admitiera por un momento esa terminología—, el Ministro de la Guerra de la C. N. T.

Centralizando todos los grupos y todas las barriadas consigue dar una tónica exacta al movimiento; distribuye entre los militantes activos las misiones urgentes de guerra del momento: los asaltos a los cuarteles y a los reductos donde se defendían los sublevados, la terminación de los «pacos» que hostilizaban al pueblo en armas, las acciones de Alcalá de Henares, de Guadalajara, de Toledo. Los «¡Viva la F. A. I.!»

que resonaron en los pechos de los guardias de Asalto en la toma de Guadalajara, eran homenaje a los bravos que intervinieron en aquella acción, pero eran también el ramo de gritos del pueblo que se ofrecía a la capacidad organizadora y directora de Eduardo Val, del Secretario general del Comité de Defensa.

Viene inmediatamente ligada a esta etapa inicial la etapa de constitución de grupos sólidos de luchadores; y nacen las columnas de los libertarios, las que se batieron heroicamente en todo el Centro contra los enemigos de los trabajadores, las que supieron reunir junto a sus nombres los laureles de las mejores y más auténticas victorias. Y surgen la Intendencia Confederal, la Sanidad... todo ese cúmulo de servicios que en esta guerra han puesto de manifiesto la capacidad técnica de los hombres de la Confederación. Pues todo eso, toda esa máquina recién ajustada, había pasado por las manos y por la cabeza de ese hombre modesto, que, enfundado en su «mono», no sabía de sueño ni de descanso.

Y cuando, finalmente, las necesidades de la guerra imponen la constitución del Ejército popular, es también Val el que logra la conversión de las antiguas milicias en las Brigadas y en las Divisiones que hoy defienden las conquistas del proletariado español, esas queridas

conquistas que tantos sacrificios y tantos heroísmos han costado a los trabajadores de España.

Por encima de las palabras queda la obra.

Y testigo de esa obra gigantesca y firma son esas Divisiones modelo que se llaman—que se numeran—5, 14 y 42.

Eduardo Val: has conseguido que el azul del «mono» proletario adquiriera la dignidad de los mejores entorchados.

Y lo has conseguido como logran los hombres que valen lo que se proponen: haciendo que te alaben tus propios hechos.



**El pueblo honra siempre a los
verdaderos leales**

Diversas categorías de ARTILLERÍA

por el GENERAL CARDENAL



(Conclusión.)

Las cualidades balísticas.

La eficacia, en el sentido que a esta palabra le damos, es insuficiente a sí misma; es preciso, ante todo, que el proyectil logre su objetivo. Aquí intervienen las cualidades balísticas del proyectil. La trayectoria de éste depende evidentemente de la boca de fuego que lo ha lanzado, pero también de la forma y la organización del mismo proyectil, en una palabra, de su coeficiente balístico. Además, si se toma en consideración, no sólo un único proyectil, sino una descarga, la probabilidad de lograr el blanco con uno o varios proyectiles de la descarga crece evidentemente con la cadencia de tiro, la cual varía en sentido inverso del calibre. Reducción del coeficiente balístico y del calibre deben por consiguiente buscarse para los proyectiles de combate entre aviones. Cuanto más débil sea la primera, tanto más conservará el proyectil su velocidad, tanto más será tendida su trayectoria, mayor será la cadencia del arma automática y más se acrecentarán las probabilidades de hacer blanco.

Pero hay algo más. La mejora del coeficiente balístico hace más que obrar sobre la probabilidad de blanco. Influye también sobre la eficacia en el sentido que anteriormente hemos dado a esta palabra. Se admite en artillería que la importancia de la brecha abierta en un objetivo resistente está en razón directa con la velocidad que conservaba el obús en el momento del impacto. A primera vista este principio no es aplicable al combate aéreo, siendo como es el avión un objetivo frágil. Pero es preciso no olvidar que hay, a bordo de los aviones, puntos particularmente sensibles, como las bombas, que se busca generalmente proteger contra ciertos golpes y cuya vulnerabilidad se haría demasiado débil si la velocidad que conservase el proyectil en las usuales distancias de combate cayera demasiado baja. Mas generalmente, si esta eventualidad llegase a producirse, sería posible realizar una protección muy conveniente de un avión sin aumento considerable del peso muerto. Por otra parte esta insuficiencia de velocidad estaría agravada en ciertas circunstancias del combate, que no son raras, en las cuales el blanco se aleja del tirador durante el trayecto del proyectil. En el estado actual de la aviación, la velocidad relativa puede ser reducida en más de 150 m./s. Señalemos, además, que un minimum de velocidad de llegada es necesaria para asegurar el funcionamiento de las espoletas que llevan los obuses explosivos. Un buen coeficiente balístico es por consiguiente una condición necesaria para la eficacia de los proyectiles de avión contra avión.

Realizaciones.

Después de estas consideraciones sobre las cualidades generales de los proyectiles de combate aéreo, vamos a examinar cómo es posible obtenerlas en las cuatro clases de proyectiles (macizos, incendiarios, explosivos y de metralla), enumerados al comenzar esta exposición.

Proyectil macizo.

La eficacia de un proyectil macizo es evidentemente poco más o menos independiente de su calibre. Que sea grande o pequeño, sus efectos sobre el personal, depósitos, radiadores, camisas de agua y carter de motores, puestos de radio y demás aparatos delicados serán los mismos. Si la velocidad de llegada no es demasiado débil, un calibre pequeño es igualmente suficiente para parar bruscamente un motor por perforación de un órgano un poco resistente (cilindro, magneto, bomba, etc.), para hacer explotar la carga de las bombas y para romper los cables de gobierno de la aereonave. Sólo algunas piezas de la

armadura son vulnerables únicamente por balas de grueso calibre (herrajes principales donde la masa trabaja al maximum, barras secundarias de sostén, etc.). Pero hay pocos puntos vulnerables de esta última clase sobre los aviones, y como por otra parte un calibre pequeño aumenta la cadencia de tiro, hay interés desde el punto de vista de la eficacia a adoptar un pequeño calibre el proyectil macizo.

Artillería automóvil.

Llegamos, por fin, a una artillería que, gracias a los camiones y tractores, posee una movilidad estratégica muy satisfactoria, y que, gracias a los progresos efectuados en los tractores, se llegará a lograr que posea también una buena movilidad táctica.

Como ejemplo de movilidad estratégica, puede citarse en primer lugar el del primer grupo del 4.º Regimiento Pesado (4.ª batería de cañones de 120), el único grupo con tractores que tenía la artillería francesa en agosto de 1914.

El 16 de octubre de 1914, estando en posición cerca de Berry-au-Bac, recibe orden de abandonar sus asentamientos y marchar a Bélgica. En columna de marcha, a las cuatro de la tarde del día 16, el grupo llega a Furnes el 20, a las 9,30, y aquella misma noche estaba en batería cerca de Nieuport, habiendo recorrido en total más de 300 kilómetros. La primera etapa fué de 31 horas seguidas (excepto dos altos de una hora cada uno para comer). Por el estado de la carretera y por la acumulación en ella de carruajes, tardaron diez horas en recorrer los primeros diez kilómetros, pero las otras etapas variaron entre 80 y 100 kilómetros.

Citemos el recorrido, único por la cantidad que lo efectuaron, hecho el año 1917 hacia fin de marzo POR 31 GRUPOS PESADOS con tractores, pasando de la región del Oise a la Champagne, con motivo de la preparación de la ofensiva del 16 de abril siguiente. Los 31 grupos se formaron en dos columnas que habían de seguirse con veinticuatro horas de intervalo. La primera estaba compuesta por 19 grupos y tenía una longitud aproximada de 60 kilómetros; la segunda, compuesta de 12 grupos, podía tener unos 35 kilómetros de longitud.

Estos grupos estaban todos en batería preparados a lo largo del frente del grupo de Ejército del Norte; tenían que recorrer de 200 a 250 kilómetros, según el caso. Fueron prevenidas a última hora y recibieron orden de efectuar el traslado en dos días.

La primera columna una vez en orden de marcha, la emprendió el 22 de marzo por la mañana y la terminó el 22 por la noche.

La segunda columna partió veinticuatro horas más tarde y efectuó la marcha en condiciones similares. De los 31 grupos sólo dos armados con morteros de muy gran calibre sufrieron algún retraso, la salida de batería había sido muy fatigosa, los camiones estaban en mal estado en la mitad del recorrido, la dotación de tractores reducida al mínimo y se carecía de medios de auxilio. Pero gracias a las favorables condiciones atmosféricas, al buen deseo e ingeniosidad de todos y a la resistencia física de los conductores, de los cuales muchos permanecieron en su puesto más de quince horas por etapa, las dificultades del trayecto fueron vencidas en el plazo fijado por el Mando.

Si consideramos ahora la artillería de 75 m. transportada, vemos que los tres grupos del 49 Regimiento (transportado) salieron el 25 de marzo de 1918 de la aldea de Bulligny, al Sur de Toul, entre las siete de la tarde y las nueve de la noche. El 30, a las nueve de la mañana, el Regimiento entero estaba en batería en el Somme, al Sudoeste de Amiens, en una cresta al

Sur de Fonecamps, apoyando a la 2.^a División de caballería inglesa. El Regimiento hizo un recorrido de 492 kilómetros en cuatro días y cinco noches, es decir, una marcha media de 110 kilómetros cada veinticuatro horas, no dejando en el camino más que UN SOLO CARRUAJE, en Bar-le-Duc.

El 226.^o recibe orden de marchar a Treloup el 23 de marzo, hace en veinticuatro horas 200 kilómetros, y en la noche del 24 entra en batería a lo largo del Canal del Norte, única artillería de campaña para dos Divisiones del 2.^o Cuerpo de Caballería.

Los ejemplos de cambios de posición de gran amplitud de la artillería ligera transportada son numerosos. Pueden mencionarse, entre otros, el 213.^o Regimiento, que, retirándose de los combates en la región de Rollet Courcelles, parte en la noche del 29 al 30 de mayo, recorre 200 kilómetros en dos días, entra en acción el 1.^o de junio al Nordeste de Ferté-Milon, a las tres de la tarde, y detiene con tiros efectuados con puntería directa a los alemanes que avanzaban en masa por los dos orillas del Ourcq y que sólo tenían enfrente un batallón de la 23.^a División, apoyado por un grupo montado del 16.^o Regimiento. El 46.^o Regimiento recorre, el 29 y 30 de mayo, 250 kilómetros en treintiséis horas desde Doullens hasta Villers-Cotterets; el 272.^o, que hace 300 kilómetros en dos días, partiendo de los montes de Flandes, y llega en la noche del 8 al 9 de junio con el tiempo preciso para intervenir en el momento en que empieza el ataque alemán al norte de Compiègne; el 246.^o, que el 10 de junio, a partir de las once de la mañana toma parte en el contraataque frente a Mery.

Para resumir y volviendo al primer ejemplo invocado, el del 20.^o Regimiento transportado, recordamos que este Regimiento desde su partida de Bulligny, en las cercanías de Toul, el 25 de marzo de 1918 hasta el 12 de junio siguiente, es decir, en dos meses y medio, se trasladó desde Lorena al Somme, recorrió el frente desde Villers-Bretonneux hasta Reims en los dos sentidos, quedó afecto al mando de 10 divisiones distintas pertenecientes a cuatro Ejércitos diferentes, y por último, que organizó y ocupó 17 asentamientos de batería diferentes.

Todos estos ejemplos son típicos, va se trate de artillería pesada con tractores o de artillería ligera transportada. Ciertamente los esfuerzos realizados son máximos, pero no puede dudarse de que en caso necesario tales esfuerzos se reproducirán.

En las maniobras francesas de 1922 en el Oeste, un grupo de dos baterías del 45.^o Regimiento transportado ejecutó una marcha de 270 kilómetros en treinta y dos horas, sin fatigas de importancia. Saliendo el 20 de septiembre, a las seis de la mañana, llegaba a su guarnición al día siguiente, a las dos de la tarde. La marcha la efectuó del modo siguiente: una primera etapa, de 116 kilómetros, en diez horas, desde las seis a las diez y seis incluyendo altos, descanso hasta las veinte, salida a esta hora y marcha durante toda la noche a una media horaria de 13 kilómetros; por la mañana, una hora de alto para el desayuno, nuevo alto a las once treinta para la primera comida, llegada a Orleans a las catorce. Las carreteras estaban en buen estado y el tiempo fué favorable; la mayor parte de la tropa llevaba sólo cuatro meses de servicio. En cada alto las cocinas de campaña distribuían comida caliente, y, en fin, se habían constituido dos equipos de conductores para relevarse periódicamente en el volante.

Se concibe, pues, cuán preciso es para el Mando disponer en los períodos de crisis, cuando los ferrocarriles trabajan al máximo de su rendimiento, de órganos de combate de la movilidad que permitan utilizar con semejantes velocidades la red de carreteras, mucho más densa siempre que la red ferroviaria.

Si la artillería automóvil posee una movilidad estratégica de lo más satisfactoria, no puede decirse lo mismo de su movilidad táctica. De la artillería pesada puede decirse que esta movilidad es de lo más reducida, salvo circunstancias excepcionales de tiempo y de terreno. La artillería ligera transportada, tiene alguna mayor movilidad, y en 1918 pueden citarse algunos casos de cambio de posición en el campo de batalla tanto en ofensiva como en defensiva (más fácilmente en esta última). Por ejemplo: el 41.^o Regimiento se retiró desde el 23 hasta el 30 de marzo de Guiscard a Thiescourt y luego a L'Ecouvillon, apoyando siempre a la infantería y llevando las piezas a brazo bajo el fuego enemigo en ocasiones más de cuatro kilómetros. El tercer Regimiento Colonial, el 28 de mayo,

al Norte de Soissons, beneficiado de un tiempo excepcionalmente seco, y maniobra con sus tractores a campo traviesa a la par de las baterías montadas. El 2 de agosto de 1918, después de la conquista de la cresta de la Grand-Rozoy, cuando los alemanes evacúan Soissons batiéndose en retirada, un grupo del 20.^o Regimiento marcha de noche detrás de su infantería, aun delante de la artillería montada, por una carretera en estado deplorable, y que debía ir paulatinamente siendo puesta en condiciones de poder transitar por los ingenieros y por los propios sirvientes del grupo.

La artillería transportada ha podido en ocasiones rivalizar con la artillería montada, pero desgastándose rápidamente, por lo que en la ofensiva el Mando prefería retirar las unidades después del primer choque, ya para emplearlas en otra parte del frente, ya esperando antes de adelantarse a que la red de carreteras estuviese suficientemente reparada.

Si se pasa ahora a considerar la artillería con tractor de oruga, el problema de la movilidad táctica queda satisfactoriamente resuelto, la dificultad consiste en no perder el beneficio en la movilidad estratégica. Los progresos del automovilismo puede decirse que hoy día han resuelto esta dificultad.

Para terminar con lo referente a la artillería automóvil, creemos de utilidad una comparación entre el motor mecánico y el motor de sangre.

El motor mecánico ofrece las ventajas siguientes:

Potencia de tracción muy superior.

Economía de personal, sobre todo el personal expuesto.

No gasta cuando no trabaja.

Peso del combustible necesario inferior al de los pienso para el ganado.

Invulnerabilidad de los motores contra los gases de combate.

Si el tractor es oruga, ofrece además:

Movilidad en toda clase de terrenos con pesos incompatibles con la tracción hipomóvil.

Entrada en batería instantánea, facilidad de cambios de posición y abastecimiento de municiones.

Los inconvenientes son los siguientes:

El combustible se produce de importación y el carburante nacional, si bien no es problema insoluble, presenta aún dificultades de consideración.

El material sin oruga circula con dificultad fuera de las carreteras.

El material con oruga, por las huellas que deja en el terreno, dificulta la ocultación a las vistas de la aviación.

Ponderando ventajas e inconvenientes, en Francia han adoptado la solución mixta de emplear ambas tracciones en la artillería, y proseguir los estudios relativos al tractor con oruga y al carburante nacional.

Artillería sobre vía férrea.

Esta artillería, mientras existe el rail, posee una gran movilidad estratégica: cuando la vía queda cortada, cosa que hay que esperar suceda en guerra de movimiento, al menos en la ofensiva, la artillería sobre vía férrea se ve imposibilitada para proseguir en acción, si no dispone de medios de transporte que la liberen de la servidumbre de los railes.

En caso de retirada puede prestar importantes servicios, pues generalmente encontrará a retaguardia vías intactas, pero con la condición de que puede hacer fuego desde cualquier punto de la vía sin necesidad de construir ramadas y plataformas.

Dicho en otras palabras, es preciso que la artillería sobre vía férrea pueda desde ésta tirar en cualquier azimut y que, además, pueda salirse de la vía para llegar a su asentamiento por carretera o en caso necesario por terreno variado.

Estas condiciones en la actualidad no se han podido cumplir; existen pocas piezas que puedan hacer fuego en cualquier azimut o provistas de dispositivos con ruedas para circular fuera de railes.

NERVIOS DE LA GUERRA

La guerra moderna es velocidad y orden rápida y segura; y tiene, como los humanos, órganos que ejecutan, órganos que disponen, y la ligazón física entre éstos y aquéllos para que las acciones alcancen los ritmos más exactos; nervios de la guerra, elementos indispensables para que la victoria sonría, son esos hombres que, impávidos, con la calma de los estoicos, buscan entre los estallidos horribles de las grandes batallas la palabra de orden que ha de volar dentro de los hilos infinitamente pequeños, a llevar misiones concretas a los

hombres, centauros de acero y gasolina, que vuelan bajo los soles del verano, sobre las nieves del invierno, y que, envueltos en el manto sutil de la

los trabajadores de España no podrían jamás pensar en la victoria ni los trabajadores del mundo en la liberación definitiva de sus cuerpos y de los

lleva en sus palpitaciones nerviosas y agudas las órdenes que podrán convertirse en victorias rotundas que aseguren la paz y la libertad de todos los oprimidos.

También vuestra misión es callada y todos vuestros actos hablan de templanza y transpiran el heroísmo callado, el más gigantesco de los heroísmos, el que acredita a los que son capaces de cumplirlo hasta el fin, de su condición de hombres que cumplen de una manera agotadora y sincera el sacrificio que la guerra y la revolución les pidieron, y la misión difícil que ellos mismos se impusieron.

En el balance trascendental de la victoria, a vosotros corresponderá una de las palmas más jugosas que se brindan a los triunfadores.

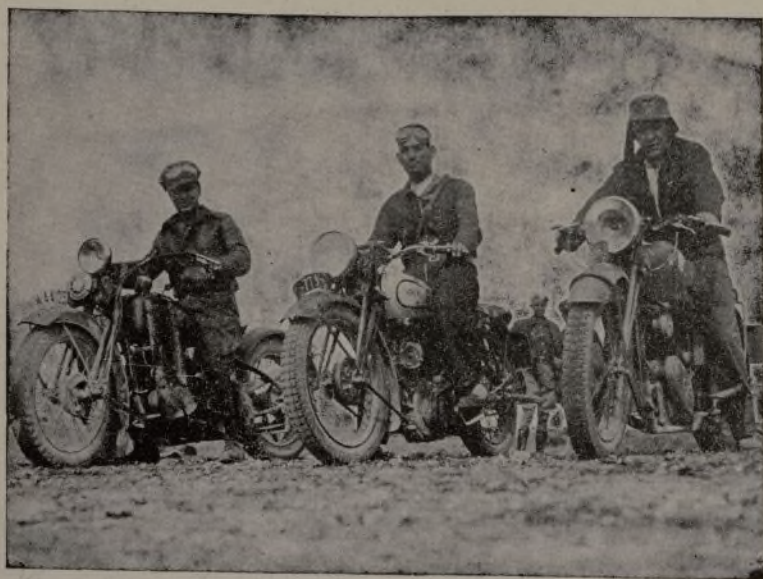


noche, llevan las órdenes que serán victorias a las líneas primeras que ocupan las fuerzas leales.

Nervios de la guerra, sin vosotros la guerra sería imposible y sin vuestro concurso

cuerpos de los hijos, de los monstruos vesánicos de tiranía y de dominación, que tantos y tantos años han agarrado sus músculos fuertes y han encerrado en el silencio sus cerebros que pensaban en hombres libres.

A caballo en los postes de telégrafo y teléfono, tendidos en los surcos que abrió la metralla, agazapados en los embudos que hicieron los obuses y las bombas, también otros hombres vigilan todo ese gran sistema reticular, de finos hilos y de grandes y trascendentales misiones que asegura el éxito de los combates y que



Un jefe de División

El Comandante MARCELO

He aquí el hombre que supo llevar a la victoria a hombres que estaban deseando poder demostrar su combatividad.

El Comandante Marcelo, con sus negras barbas de apóstol laico, ha demostrado que sus hombres, los de la 42 División, los de Cuenca, servían para algo más que para lo que pensaban algunos corazones de baja categoría.

Marcelo, a quien una vida de militancia, prolongada y azarosa, da un sobrado prestigio; es el hombre que ha sabido encuadrar militarmente a los compañeros que en todo momento desearon enfrentarse con la canalla fascista.

La actividad del comandante no tiene límites. Las horas se alargan para él de una manera insospechada. Los múltiples problemas que se presentan diariamente en una unidad militar, se resuelven con una sencillez encantadora y siempre queda a Marcelo humor y tiempo para bromear con cualquier visitante o compañero.

Marcelo, jefe, es de los que es muy necesario acogerlo con interés, porque en todos sus actos pone el punto de ponderación necesario en cada caso.

Tranquilo y sereno esperó las órdenes concretas del alto mando, tranquilo y sereno cumplió tales órdenes, sin gritos, sin alharacas, sin afán de exhibicionismos. Cumpliendo lisa y llanamente con su deber de soldado, de combatir al enemigo y con el deber de confederado de aplastar al fascismo combatiendo por la revolución.

El heroísmo de los partes oficiales, anuncian los hechos de Albarracín. El sector de Teruel se mueve como se dice en el argot castrense.

Allá hay una División de hombres que además



de soldados disciplinados bajo el mando militar, sienten en sus corazones todo el fuego del combatiente revolucionario. Los confederados están allí lo mismo que en otros frentes, con la vista en el enemigo y el pensamiento en la victoria.

Y van, y luchan y vencen.

Todos estos hombres como uno sólo, sienten su ideal, luchan por alcanzarlo.

En tierras de Albarracín lucha y vence la 42 División, los de Cuenca y al frente de estos luchadores, el Comandante Marcelo, con sus barbas de apóstol laico y la eterna sonrisa retozándole entre las negruras de la barba.

¡Adelante la 42!

¡Adelante, Marcelo!

salieron del pueblo

¡Hoy hace 365 días! Aniversario grabado con letras de oro en la historia de la Confederación Nacional del Trabajo. Un año en que el mundo entero quedó asombrado de la capacidad revolucionaria del anarquismo español. Porque, pese a cuantas propagandas más o menos partidistas con que los elementos enquistados en nuestra revolución gloriosa, traten de hacer resaltar equivocadamente el motivo de nuestra lucha, el hecho cierto no puede ser otro que la ruptura eruptiva de un pueblo oprimido que se lanza a la conquista de toda su libertad. Y esa libertad, sólo los anarquistas prepararon el camino para ansiarla. Simbolizando en un hecho, en un hombre, en una anécdota de nuestra guerra, aparecen figuras como Mera, Cipriano Mera, el infatigable luchador a quien la sociedad capitalista trató de contenerle entre cárceles y comisaría para que la savia anarquista no diera su fruto. Hablar del Mera de hace un año, es recordar el momento culminante en que el fascismo seleccionaba sus mejores elementos para estrangular nuestra revolución en marcha. Es añorar unos tiempos en que Mera, paladín de una huelga gloriosa, una huelga de unidad, en la que sólo la voz de

una fracción política que se decía proletaria, irrumpía en disacorde grotesco en aquel célebre mitín U. G. T., C. N. T. de la plaza de Toros Mo-

descaradamente con sus agentes a sueldo.

¡365 días de lucha! ¡Mera! ¿Qué fué de aquel anarquista enfrentado contra toda ley ti-



numental. Es revivir las horas de persecución para Mera, acusado de agitador impenitente contra las hordas fascistas que empezaban a actuar

ránica, por esencia y potencia revolucionario cien por cien? ¡Un año de diferencia entre el 18 de julio de 1937 y el día de hoy! ¿Dónde está Mera?

Convertido en uno de los puntales más sólidos de nuestro Ejército popular. Transformado, por obra y gracia de su contextura antifascista, en el conductor de unos soldados anarquistas como Mera, que le siguen por los luminosos caminos de la victoria. Es el héroe de Trijueque, de Brihuega, de toda la Alcarria. Es el vencedor de la etapa más resonante. Fué el que infringió una derrota aplastante a las hordas conquistadoras de Abisinia cuando fueron enviadas a España a repetir la «masacre». Ha sido un anarquista, que supo renunciar a todo, excepto a la victoria, como su hermano Durruti dejase escrito, el que traspuso las fronteras de la fama, para honra y provecho de este movimiento confederal y anarquista, que tanto asombra a propios y extraños, que si bien saben rebelarse contra toda dictadura, prefiriendo la cárcel y la horca a la sumisión infamante, cuando llega la hora se apretan en un haz antifascista, como hermanos, como buenos anarquistas, cerrando el cuadro contra el enemigo común que contra todo derecho nacional e internacional, cree ha llegado la hora de someter a un pueblo que desde hace un siglo lucha sin descanso por la Libertad.

MIAJA *el General*

La intuición popular, mucho antes que la leyenda, hilvanara su justa apología, señaló con el dedo del corazón al hombre, que habría de encarnar toda la confianza de la opinión antifascista y escribió con caracteres indelebiles, el nombre de José Miaja. En el alborear, de aquel siete de Noviembre, preñado de incertidumbres, bastó, como seguro talismán, que resonase alta y clara la voz autorizada del general Miaja, para que se matizase un estado de opinión, liberrimo y sincero. Madrid sería la tumba del fascismo, Y en columna de honor, se cuadró ante la figura excelsa del defensor de Madrid, todo un pueblo en armas, con una inclinación emotiva que parecía decir unánimemente. «A la orden de usted, mi general».

La epopeya del Madrid heróico, ira vinculada al correr de la Historia, a la biografía exacta de este general, que todo lo ofrende a su pueblo.

Su vida militar, llena de serenidades—que así es el temple de este heróico

soldado—culmina en estas horas, en que el triunfo forjado en el yunque de todas las abnegaciones y de todos los sacrificios, aparece como exponente, de la labor directora llevada a cabo sin desmayo alguno, por el general Miaja.

Aureolado, por la modestia, virtud racial, en este bravo luchador, su obra se agiganta a la vista de propios y extraños, traspasando las fronteras de todas las admiraciones.

La austeridad, condición señera de este demócrata de todas las aristocracias, subraya como ritornello de una canción de victoria la obra fecunda, que en el gabinete del Departamento Central y en las líneas avanzadas, realiza día por día, este gran taumaturgo, que supo adueñarse de la voluntad de todos, para fundirla en una sola directriz. Ganar la guerra. Tres palabras mágicas, que forman el triángulo espiritual sobre

que descansa el bien ganado prestigio del salvador de Madrid.

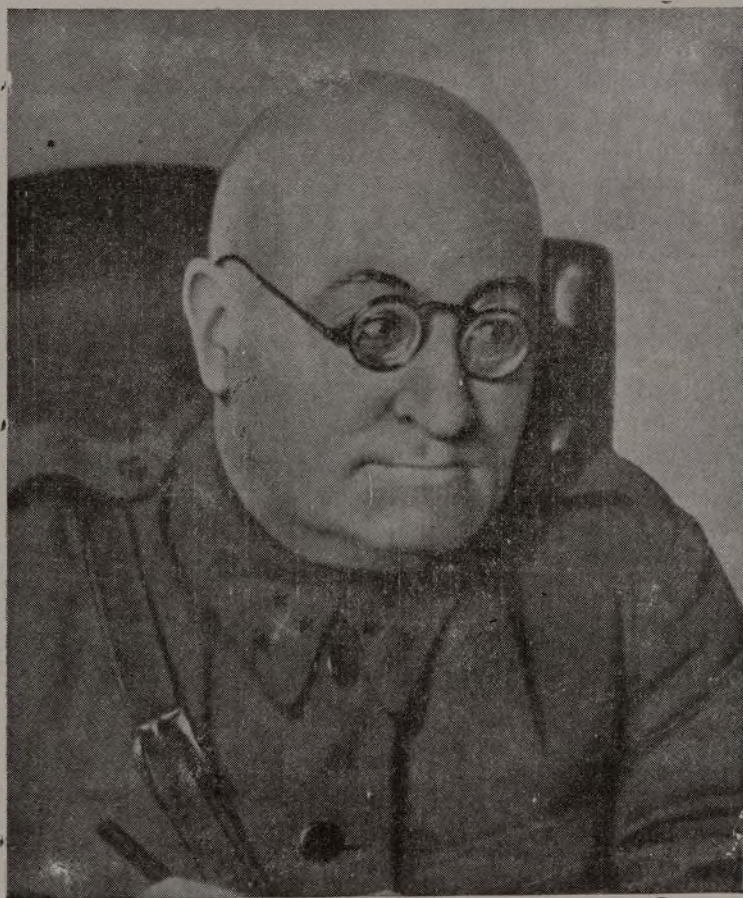
Su labor, esmaltada de todos los pronunciamientos elogiosos, va apostillada por la hipérbole popular, que al margen del titánico esfuerzo, va ampliando la leyenda inicial, destacando la personalidad civil y militar del general Miaja, en romance puro, que será el mejor legado, que la historia encontrará al correr de sus páginas en el futuro.

Carne de leyenda, la gesta heróica del mejor caudillo que pudo tener un pueblo henchido de

ansias de liberación, no necesita de ditirambos ajenos. Le basta y sobra con ir unido al esfuerzo colectivo y viril de un pueblo que no quiere ser humillado.

A tal señor tal honor. Y el honor del ilustre general, inmaculado, esplendente, es el espejo donde se reflejan con claridad de amanecer, todos los más bellos heroísmos.

El era un general del Ejército; hoy, en la lucha, ha ascendido a ser General del Pueblo.



Aquellas duras jornadas de julio

Anales breves de una semana histórica de sangre y gloria

Julio es el comienzo de la guerra civil. Pero el comienzo, tan sólo, de la lucha abierta y clara. La pelea—mas dolorosa aún, mas sangrienta, mas negra, de las encrucijadas y los atentados comenzó unos meses antes. Desde febrero están los fascistas preparando la insurrección, provocando huelgas y disturbios, formando el ambiente de terror que justifique en cierta forma el levantamiento de los generales traidores. Desde febrero mismo, como réplica justa, está la C. N. T. en pie de guerra. El Gobierno—los ingenuos republicanos del Frente Popular—vacilan, tiemblan y se acobardan. Creen que a la barbarie falangista, a la chulería de los señoritos flamencos, al capitalismo mundial decidido a juzgarse la última carta, se le convence con razones y se la atemoriza con frases retumbantes.

Incluso pretenden atraérselos, dándoles la razón. Los más traidores de los militares son agraciados con altos puestos. Los obreros, perseguidos a sangre y fuego.

Tres huelgas provocan los patronos fascistas en Madrid

para determinar disturbios: la de camareros, la de ascensoristas y calefactores y la de la Construcción. En las tres se enfrentan, cara a cara, los fascistas y la C. N. T. Con una incompreensión suicida, el Gobierno está al lado de sus mortales enemigos y llena las cárceles con obreros de la Confederación. Tiene que actuar en estas huelgas de una manera intensa, como ha tenido que actuar para responder a tiros a los tiros fascistas, el Comité de Defensa. A su lado, a sus órdenes, están las barriadas y los grupos de militantes arrojados y decididos. No son milicias aún; no ha llegado todavía la hora de la pelea abierta en las calles; pero es en ese Comité y en esos grupos de acción, donde hay que buscar la única explicación lógica del heroísmo del pueblo madrileño al tomar por asalto todas las guaridas fascistas e impedir que las columnas militares que avanzaban sobre la capital pudieran atravesar los puertos de la Sierra de Guadarrama.

La sublevación militar se inicia el día 17; en Madrid, públicamente, no se conoce hasta el 18. El 18 mismo, la Confederación actúa sin vacilaciones ni desmayos. Los militantes se reúnen una y otra vez para tomar acuerdos. Salen a la calle las pistolas escondidas. Se toman por asalto todas las armerías. Se visita al Gobierno para pedir armas que el Gobierno no quiere entregar. En las barriadas los militantes rodean los cuarteles y levantan barricadas. En el centro crece el nerviosismo. Las noticias de todas partes son malas. Crece y se extiende la subversión, pasando por encima de los cadáveres de

millares de obreros heroicos. Por la noche empiezan a repartirse armas. El Gobierno no quiere dar un solo fusil a la C. N. T. Pero en los Cuatro Caminos se pierde un camión cargado de ellos, que pronto están en manos que ansían utilizarlos contra el fascismo. De madrugada hay un momento de máximo peligro. Los republicanos se consideran vencidos sin lucha. Se forma un Ministerio de «concordia». Se quiere pactar con los traidores. La C. N. T. hace oír su voz de protesta indignada. En la Puerta del Sol, en la Cibeles, en todas las barriadas, millares y millares de obreros, pálidos de ira, piden la cabeza de los que quieren traicionar al pueblo. Al amanecer, el Gobierno fantasma ha desaparecido.

El domingo 19 empieza la lucha. En diversos puntos de Madrid son ametrallados los obreros que circulan sin armas. Nadie retrocede ni vacila. Se acordonan las manzanas de donde partieron los tiros. Se penetra en las casas. Se coge a los autores y se hace justicia de un modo fulminante. La C. N. T. lanza una consigna certera: hay que apoderarse de los autos. Pronto salen de todos los garajes de Madrid los mejores automóviles, ocupados por obreros que asoman por las ventanillas los fusiles y las pistolas. El Comité de Defensa organiza por grupos todos los luchadores de que dispone. Los divide por barriadas, los sitúa estratégicamente, establece enlaces para seguir al minuto la batalla próxima. Todos los militantes madrileños se juramentan para morir antes de consentir que el enemigo triunfe. Ni uno solo de-

jó de hacer honor a su juramento.

En la noche del domingo se combate en todas partes. En primera línea se batien los hombres de la Confederación; sus masas, enardecidas, trabajadas por todas las persecuciones y por todas las adversidades; pero el enemigo de los trabajadores está enfrente y hay que aplastarle, como se acaba de aplastar en las ramblas barcelonesas, donde, con Ascaso, han caído los mejores militantes, los mejores elementos de los grupos de choque de la F. A. I.

Y surge Getafe... Allí se superado las Termópilas, Madrid se convierte en una nueva epopeya proletaria que lleva tanto entusiasmo en el corazón como sangre y luto en su camino, cual simboliza la rojinegra bandera que anima a nuestros hombres a luchar y a vencer...

Y surge Getafe... Allí se lanzan al asalto de sus fortalezas cuarteleras y de sus nidos civiles, inciviles, mejor dicho, las casas de los fascistas, el Ayuntamiento, y al frente de ellos, ya sabes, compañero, quién va, lleno de ilusión el corazón, aquel corazón que le reventaba en el pecho como





una granada inmensa: Isabelo. Isabelo Romero... Allí estaba este hermano nuestro, este compañero que hemos perdido para siempre; a este compañero, a este hermano que en la tarde en que se escriben estas líneas, vamos a enterrar, porque la vida tiene estas amarguras por las cuales la vida es odiosa y repugnante, porque no se puede comprender que haya muerto Isabelo, nuestro hermano, así, en su cama, lleno de juventud y de vida y cuando era la más firme esperanza con que contaba la Regional Centro...

Allí, en Getafe, al frente de las fuerzas confederales, de las fuerzas del pueblo liberadoras, iba este gigante, y cayó Getafe; cayó Getafe porque tenía que caer ante el arrastrador empuje del proletariado madrileño, que tenía orientadores, guías, compañeros, hermanos, como este hombre que imprimía a todo aquel que estaba junto a él una convicción plena; la misma convicción que le brincaba en el corazón...

¡Que madrugada aquella del lunes de Getafe! ¡Cómo veíamos a este hermano que acabamos de perder, lleno de brio y de optimismo, arengar y disparar su escopeta—aún no tenía fusil—como un soldado anónimo más, como fué toda su vida, igual cuando laboraba oscuramente que ahora cuando trabajaba atenazado por las más graves responsabilidades! ¡Cómo le recordamos!

Y, sobre todo, cuando al frente de las masas rojinegras, armadas ya con los fusiles, ganados al enemigo, pues fué así cómo se armó y se formaron nuestras confede-

rales milicias, cómo se llevaron los cañones de Getafe a Madrid, para colocarlos frente al Cuartel de la Montaña, y rendir esta guarida de la traición.

Pero cayó el Cuartel de la Montaña como había caído Getafe, y con los cañones de Getafe, ese Getafe liberado con el brio de nuestros hermanos confederales, al frente de los cuales iba Isabelo, Isabelo Romero...

Y luego, en seguida, sobre la marcha, como un ciclón humano, para el que no había barreras, avanzaron los nuestros, los del rojinegro, recién salidos de la cárcel como Mora, como Mera, como todos los que han perdido la vida defendiendo la libertad de todos los españoles o le deneguen con su arrojo y con su inteligencia, como Mera, y se cayó sobre Campamento, donde la traición esperaba el puñal para herir, para matar... Y cayó Campamento, como no podía ser de otra manera, porque el pueblo, el proletariado quería ser libre. Como horas después caía el Vicálvaro de militaradas y los pronunciamientos.

Y así cayó también el cuartel de María Cristina, depósito de armas, de fusiles, con los que se escribirían las páginas más hermosas, las efemérides más inolvidables de esta epopeya que comienza en las ramblas barcelonesas, principalmente escritas con sangre confederal, con sangre anarquista...

Así terminó este lunes de nuestras libertades inolvidables, este lunes de la semana rojinegra, de la semana, no trágica, sino liberadora.

No paran aquí nuestros hombres... Siguen adelante, victoriosos, arrolladores, como un Ejército ante el cual los profesionales caen como soldados de plomo, como carne domesticada como el Código de Justicia Militar y por la incultura recibida en sus pueblos y aldeas desde donde los trajeron a servir al rey y a una República que no ha sa-

bido evitar la traición... y llegan a Alcalá de Henares, la ciudad de las escuelas y de los cuarteles y de los conventos; y allí se repiten las gestas que les empujan a repetirlas incesantemente, alentados por estos hombres, por estos epígonos confederales, por estos muchachos enardecidos por la pasión y por el ideal manumisores; y Alcalá se rinde, y con el material recogido, ganado al enemigo, que lo robó a un Gobierno tan ingenuo como—adjetivalo tú, lector—, vuelan hacia El Pardo, donde la traición, después de vencida, se salva en parte, levantando el puño en alto, para volar a buscar los nidos de la Sierra, donde la traición rascosa se continúa y espera tras sus defensas naturales, para herir a mansalva, como hicieron siempre.

Allí como antes hemos visto a otro hermano, a otro nombre, que era un cascabel, que era la humanidad personificada en una sonrisa plena: era Ángel de Guzmán, valiente, sin darle importancia a nada; alternando su pluma de reportero con su fusil rojinegro, hasta que cayó en la trampa preparada por la traición de allá, en San Martín de Valdeiglesias, cuando iba con la columna de El Rosal, escribiendo sus reportajes—los primeros reportajes de esta epopeya—, cuando todos, o la mayoría de los periodistas huían como cornejas...

Isabelo, Ángel... Hermanos, que habéis desaparecido en la brecha, como los buenos, como los que nacieron para cumplir tan humano y tan hondo, que sólo se siente en este idioma, eso de practicar cotidianamente, que sólo lleva el que deja...

Y Toledo, la Toledo romana, la Toledo goda, la Toledo imperial de Carlos V, cayó, o cayó luego al empuje de las legiones confederadas Guadaluajara, erizada de cañones y de ametralladoras; la Guadaluajara caciquil y militarista al viejo estilo, donde los hom-



... rojinegro se sobrepusieron... si mismos, cual si de cada esfuerzo de energía, está se centuplicara.

¡Guadaluajara! ¡Cómo cayó Guadaluajara! Los ingenieros la habían convertido en una fortaleza... Su puente era imposible tomarlo... Sobre sangre, sobre los cadáveres de los propios compañeros de vanguardia, sobre sus propios cuerpos, todavía calientes por las batallas asesinas, cayó el puente, las entradas de la ciudad... Así cayó la fortaleza militar, el Ayuntamiento, el Gobierno Civil; y, sobre la marcha, sin darse un instante de reposo, siguieron adelante nuestros hombres, esos hombres que luego se llamó la Columna del Rosal, deteniendo de conciencias, de almas, de espíritus, resistiendo todas las adversidades y todas las traiciones que se sucedían con cada victoria, cual si el espíritu del mal trabajara por esterminar heroísmo tanto...

Y vino la Sierra, esa epopeya maravillosa, extraordinaria; esa Sierra donde en cada mata había un requete y un cura traicionero en cada piedra y un haz de crimen en cada risco... Esa Sierra que recordaba con su hechos de sangre, las gestas todavía recientes de Toledo, de Sigüenza, que cayó como un castillo de papel ante el empuje de nuestras armas liberadoras; en todos esos lugares que fueron escenas de este drama sangriento y único en la Historia, donde se formaron esos hombres que luego siguieron prestigiando nuestra lucha, llamándose divisiones, como la 14, como la 5, como la 42...

Un pueblo heroico

Todos los países tienen un nombre que compendia, por decirlo así, las características propias de la raza y de la época.

Concretándonos a España, podemos decir que de siglo y medio a esta fecha el nombre

que vincula en sí todas las virtudes raciales es MADRID.

Madrid, centro neurálgico de todos los movimientos políticos y sociales, desde la gesta del 1808, tenía que ser por fuerza en esta ocasión el punto obligado donde coincidie-

ran todo el esfuerzo del fascismo y todo el valor del pueblo.

Madrid, ciudad alegre y confiada, como todas las capitales de nación, pero con la ventaja de ser capital española, sintió llegar hasta sus mis-

mas puertas, el ruido de las pezuñas fascistas y sólo entonces, cuando sintió la baba humeante de la bestia de cinco flechas en los arrabales de la capital, con un gesto muy rápido, muy viril y muy español, dijo:

—«¡No pasarán!»

Y no pasaron.

Madrid empezó el capítulo de su historia que está viviendo en estos momentos, aquel triste día 7 de noviembre, en que la cobardía de unos, la traición de otros y la incapacidad de los más, lo dejó abandonado a sus propias fuerzas.

Desde entonces se alimentó Madrid exclusivamente del esfuerzo del pueblo, vivero de héroes. El pueblo supo coordinarse y dar un ejército que quedará como modelo de eficiencia y de valor.

El pueblo supo agrupar en torno de quien, teniendo un concepto exacto del honor y la responsabilidad, continuó en su puesto, a los hijos que pudieron ayudarle con sus diferentes aptitudes.

El pueblo de Madrid, estoico, supo de días trágicos, en que sus hijos caían destrozados bajo las granadas de los obuses y las bombas de la criminal aviación «nacionalista».

El pueblo conoció todas las crueldades de la guerra, desde los bombardeos hasta la escasez de alimentos; vió sus hijos despedazados, sus hogares deshechos; padeció toda la gama de los desastres que la guerra lleva en sí.



M A D R I D

Y ni una voz de protesta se levantó en el pueblo. El pueblo sufrió todo lo que vino y hubiera podido venir, porque es un pueblo que en su interior estaba templado en el sacrificio.

Y todo lo arrojó con firmeza, con serenidad, animada aún con el gracejo natural de un pueblo de manolas y chisperos. Las granadas, con marchamo extranjero, no lograron sembrar el pánico en el pueblo, ni siquiera desbaratar las colas para abastecimientos.

Y si hubo un momento en que Madrid supo ponerse serio ante el peligro, solamente duró la seriedad hasta el momento en que les vió las posaderas a las «Llamas Negras» del fascista Bergonzoli.

Y para más fino contraste del espíritu madrileño, para mayor demostración de la capacidad de este pueblo, aún están intactas las embajadas de Italia, Alemania y Portugal, algo averiada la primera, pero precisamente por los dis-

paros de las baterías invasoras de Mussolini, el gran matarife.

Y todavía siguen agazapados bajo pabellones extranjeros numerosos enemigos, a quienes nadie ha molestado, a pesar de haberse desarrollado hechos tan criminales como la intentona de la embajada alemana.

Y ese es Madrid, que prodiga héroes en los parapetos, en los talleres y en las calles.

Madrid que lo da todo, porque sabe la responsabilidad que ha contraído ante España y ante el mundo, Madrid, cu-



debían retroceder y en las calles porque debían hacer su

yos hijos han caído en los frentes de combate porque no

trabajo. Héroes, héroes en todas partes.

Difícilmente habrá un ramo de oficio, de industria o de profesión donde no hayan caído hijos del pueblo en su lugar de combate.

Y seguramente no hay ni uno que haya sentido flaquear el ánimo bajo el miedo, a pesar de llorar al compañero caído.

Ese es Madrid.

¡Madrid! Semillero de bravura, plantel de almas esforzadas: Tú serás inmortal, porque la inmortalidad se gana con el peso y la calidad de

sangre de mártires y corazones de héroes.

En tu seno se está germinando la semilla que hará de la generación venidera una generación templada en el sufrir, valiente en la adversidad, y sincera en el amor humano.

Tu sublimidad ante los ataques del monstruo fascista es tan grande, que el mayor timbre de virilidad, la mayor satisfacción, la afirmación más rotunda que pueda hacerse mañana, será poder decir:

—¡Yo combatí en Madrid!
¡Yo trabajé en Madrid!

Y poder demostrarlo.

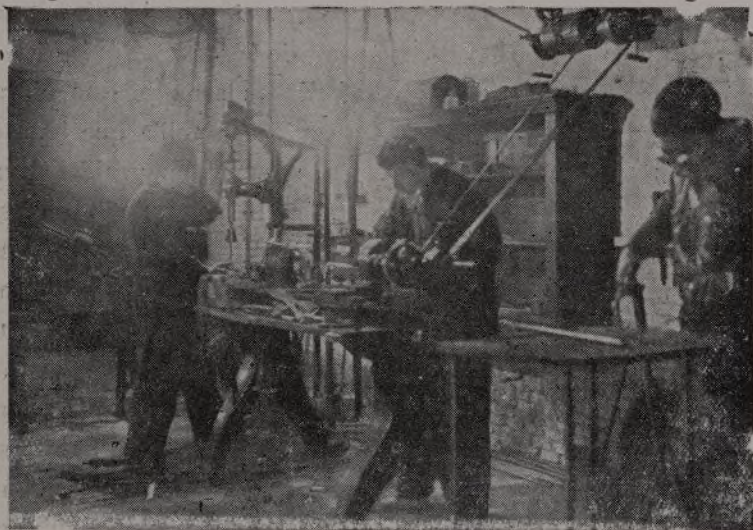
Madrid martir,

pero no esclavo

El taller

Vidas risueñas y jóvenes que se curvan sobre los instrumentos de trabajo para allanar el camino áspero y duro que tienen que recorrer los hermanos luchadores ocupantes de las trincheras que serpentean por todos los ámbitos de España.

Hermano pequeño de la fábrica, benjamín de la familia de colosos que moldea los aceros más duros y da vida a hilos y a telas, su misión en la guerra tiene el carácter de lo imprescindible.



Y los hombres y las muchachas que dejan allí su colaboración a la victoria, sonrien satisfechos de la ayuda que prestan a sus hermanos de lucha, y satisfechos también de haber cumplido con el deber que les impone su condición de auténticos trabajadores, de verdaderos hijos del pueblo que solo confían en su propio esfuerzo y en el de sus hermanos de



lucha y de clase, para poder asistir al amanecer radiante de la paz y de la Libertad que hunda para siempre en las som-

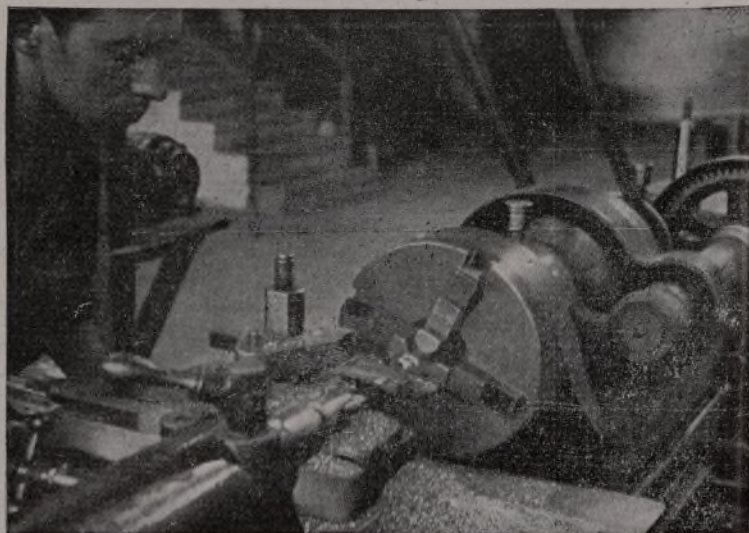
bras del pasado el amargor duro y doloroso de la opresión y de la tiranía.

Y para que la guerra quede para siempre convertida en una pesadilla dolorosa que durante siglos y siglos han venido padeciendo periódicamente los seres humanos, que nacieron para ser hermanos y se trataban como enemigos encarnizados.

Tal es el espíritu de las compañeras y de los hermanos de lucha y de clase que cubren alegres y entusiasmados, jornadas agotadoras de trabajo intensivo.

Para ellos las horas transcurren en la calma relativa de la retaguardia, de esta retaguardia madrileña en cuyas entrañas explotan las granadas enemigas y que apenas extinguido el ruido de la explosión, vuelve a reanudar su vida normal con la misma sonrisa de siempre. Sonrisa que se hará famosa en la historia de las guerras de la humanidad. Sonrisa simbólica, exponente de un pueblo heroico que ha curtido su fibra entre la desgracia y el dolor, pero que hoy levanta orgulloso su cabeza venerable que supo cumplir hasta el fin los lemas de la libertad.

Cuando el sol de la victoria definitiva esparza sus rayos por todo el ámbito de la tierra española, el pueblo, ya libre, ya en paz, volverá sus ojos entusiasmados hacia estos hermanos del taller. Y en ellos brillará una lágrima de emoción y de agradecimiento.



Hombres de nuestro ejercito

Miguel Rodríguez Pavón

Estampa de militar inteligente, que sabe en todo momento situarse a las alturas de las circunstancias que la gravedad de los momentos que en la guerra se viven, actual jefe de los Servicios de Información del Estado Mayor del Ejército del Centro, ha contribuido a hacer posible que uno de los servicios más difíciles y más complicados de técnica y de funcionamiento que plantean las guerras en todos los tiempos llegue a desenvolverse en las filas leales con toda la precisión sistemática que asegura sus buenos resultados.

Hombre trabajador, de carácter rápido, en el que la actuación sigue a las decisiones tomadas con prontitud y con claridad de pensamiento, ha sabido contribuir exactamente a la lucha que en los campos españoles se ventila entre los dominadores de siempre y los hombres que durante siglos han sufrido la opresión y la tiranía de los plutócratas.

Los servicios que ha prestado y que continúa prestando a la causa popular, a esta causa por la que el pueblo español está aprontando sus mejores hijos, son incalculables. Vano empeño pretender en una breve reseña enumerar toda su actuación desde que el movimiento estalló en los días de julio pasado. Vano empeño y que, además, palidecería ante la labor gigantesca que ha realizado en los últimos meses, desde los momentos en que nuestro Ejército afinó su técnica guerrera moderna, técnica que no es sólo de máquinas guerreras, sino también de hombres y de pensamientos, de cerebros adaptados a

las modalidades difíciles que la realidad de cada día plantea.

Los Servicios de Información, esos servicios en que calladamente se realizan los mayores heroísmos, los heroísmos que no tienen el relumbrón del aplauso popular, han encontrado en él el jefe que necesitaban. Y éste es precisamente el gran mérito de Miguel Rodríguez Pavón: el silencio, la labor callada y austera, el trabajo agotador cumplido en la calma de los despachos, sabiendo conservar la serenidad cuando de los datos que pueda suministrar y que pueda aportar a los jefes que organizan las ofensivas y las resistencias de los hijos del pueblo, depende el éxito o la derrota, con su secuela inseparable de miles de vidas de soldados del pueblo.

Impulso es su alma frenada por la reflexión y por la meditación, que tiene que acompañar inseparablemente a quienes, como él, desempeñan misiones en las que hasta los más pequeños detalles pueden tener una gran trascendencia, en las que una palabra tomada en sentido distinto del suyo propio puede dar lugar a una catástrofe y acarrear consecuencias irreparables.

Serio, formal, callado, fiel cumplidor de su deber, capaz de desarrollar una actividad que hace tiempo habría rendido a hombres de menor fibra que él, Miguel Rodríguez Pavón ha sabido colocarse a la altura que tienen que llegar los hombres que verdaderamente aspiran a merecer del pueblo en armas el calificativo de Jefes.

Jefe en la forma y en el fondo, jefe por graduación y jefe por actuación; eso es el Teniente coronel Pavón.

Cuando llegue el momento de la liquidación de esta contienda en la que se han hundido tantos falsos prestigios montados al aire sobre las alabanzas inciertas, y en la que también han surgido y se han puesto de manifiesto tantos prestigios que antes se encontraban en la penumbra de lo desconocido, el Teniente coronel Pavón recibirá el home-

naje cálido que el pueblo sabe dispensar a los que le han servido siempre leal y eficazmente. Entonces será llegado el momento de rendir a este Jefe modelo los honores a que su actuación y su capacidad técnica le dan derecho.

Hoy, por desgracia, en este primer aniversario de la rebelión, los momentos son más que de palabras, de actuaciones. Y Pavón es hombre de pocas palabras, pero de hechos fecundos en resultados trascendentes.



Su espíritu sigue ordenando heroísmo

NUESTROS MUERTOS

Nuestra guerra, que es una guerra revolucionaria, ha ofrecido a la misma los hombres más revolucionarios. Esta condición implica ante todo que nuestra guerra posee la alta virtud de verla como un proceso de la revolución social española, y que a ella se han ofrendado los valores más revolucionarios de nuestra patria. Sus vidas, las más gloriosas, han florecido en el martirologio de nuestra revolución, y, al dar su sangre en las trincheras o en el campo de batalla, lo han hecho con la misma conciencia revolucionaria que pudieron hacerlo en una huelga o en cualquier otro movimiento de rebeldía contra el Estado, la burguesía o el capitalismo. Todo junto es nuestra guerra. El clericalismo, junto con el militarismo, la aristocracia, la burguesía y la banca, han sido los elementos que se han unificado para dar la batalla al proletariado español, como ayer lo



dieron en Italia, en Alemania, en Portugal y en tantos rincones del mundo.

La táctica es la misma: Vencer a la clase productora. La clase productora de todo el mundo tiene cada día mayor conciencia de su responsabilidad, y por su emancipación ha luchado y lucha cada día con una potencialidad que ayer no tenía, ante la unión de todos los asalariados de la tierra. De ahí nace el choque. El choque que en cada país ha tenido una manifestación distinta.

En unos, como en Italia, la marcha sobre Roma, como una conclusión de la tiranía para adueñarse del Estado. En otros, como en Alemania, a través de una agitación constante que culmina en el incendio del Reichstag. Lo que nunca se había dado a conocer en la lucha social o de clases que ha tiempo se ha establecido en el mundo, ha sido que ésta tuviese como colofón una guerra civil en un pueblo, donde se enfrentasen de una manera cruel las dos partes antagónicas del país. Este es un hecho nuevo en la historia de las luchas de clase del mundo proletario. De ahí la importancia capital, capitalísima, que tiene nuestra guerra. Por eso los hombres auténticamente revolucionarios se pusieron al lado de la guerra y frente a las armas reaccionarias de nuestra nación, porque sabían que olvidarse de las luchas de la retaguardia e ir al frente a luchar, representaba tanto—por no decir más y en verdad es así—como

hacer la revolución, y para ello se propusieron ganar la guerra. Esta es la virtud de nuestros muertos.

RENUNCIAMOS A TODO, EXCEPTO A LA VICTORIA

Estas eran las palabras de Buenaventura Durruti. Estas palabras son el más brillante y heroico colofón de la dignidad revolucionaria de nuestros muertos. Iban a la guerra por hacer la revolución. La guerra, para Buenaventura Durruti, como para Mera, como para Ascaso, como para Domínguez, Pedro Orobón y otros tantos, era encaminarse hacia la revolución. No pensaron otra cosa al irse al frente. La guerra era ante todo. Si no se ganaba la guerra, la revolución no se podría realizar. Era preciso que la guerra se ganase.

El proletariado aportaría lo mejor de su militancia sindical para que, dando su sangre, se ganase la guerra. La guerra no se podía ni se puede ganar de otra manera. Hay que ganarla derramando raudales de sangre. Y esa sangre es la sangre de los hijos del pueblo. Es la sangre de Durruti—volvámoslo a repetir—, de Mera, de Domínguez, de Orobón, de Ascaso y de Senderas. Todos ellos inmolaron sus vidas por la revolución. ¡Que nadie lo olvide! Quién lo olvida hace traición a estos muertos gloriosos. Si que es verdad que hay que ganar la guerra por encima de todo. Los que estuvimos en constante contacto con Durruti antes



de entregar su vida por la causa de la libertad del pueblo español y por la emancipación de los trabajadores hispanos, podemos valorar cómo debe sus palabras lapidarias y proféticas de que renunciaba de todos menos ganar la guerra. El sabía que la guerra ganada por el fascismo representaba la negación de toda libertad de acción de los trabajadores españoles. Sabía, además, que si triunfa el fascismo en España se le cerraban las puertas para muchos años a los obreros de nuestra nación, por muchos, por muchísimos años. Hay que ganar la guerra.

Y Durruti, todo un hombre, se fué al frente a luchar, primero en Aragón, y después, cuando Madrid peligraba, al Sector Centro, olvidándose de toda labor de retaguardia, porque él decía que la labor de todo auténtico revolucionario era preocuparse de la guerra y dejarse estar de las ambiciones de la retaguardia. Sus palabras eran cons-

tantemente contra el proceder de ciertos revolucionarios que en la retaguardia se dedicaban a crear la cizaña de las fuerzas antifascistas.

Si, Durruti quería la victoria por encima de todo. Pero para conseguir la victoria creía él que era preciso ganar la guerra, y sobre todo que no la ganase el fascismo. Todo menos eso. La guerra la había de ganar el pueblo español por encima de todo. Ganada la guerra, lo demás—lo demás que es la revolución—se nos daría y se nos dará por añadidura.

EL SACRIFICIO DE NUESTROS MUERTOS

Y nuestros muertos. Los hombres de la F. A. I. y de la Confederación Nacional del Trabajo, que han inmolido la vida, desde los más señeros como Durruti y Mera, hasta el más modesto hombre de nuestra militancia confederal, todos ellos han dado su vida generosa para salvar y redimir al pueblo. ¡Tampoco que na-

die olvide esto otro! Para redimir al pueblo español, a los trabajadores de nuestra patria. No nos debe de importar quién gane la guerra, si la gana el pueblo español. Mejor dicho, si los trabajadores hispanos consiguen la emancipación de sus deseos sociales después de tanto sacrificio. Si así se consigue, la sangre derramada por tantos hijos del pueblo se dará por bien empleada. No lo olvide nadie: Por bien empleada.

Pero si así no fuera, la traición sería tremenda, y sobre los capitostes de la política que habían defraudado al pueblo español, después de haber dado su sangre por la redención de sus hermanos de clase, sería tanto como hacer una inicua y tremenda traición a la conciencia proletaria de la España irredenta. Por ello han muerto los hombres de la F. A. I. Por ello han dado generosamente su vida los hombres de la Confederación Nacional del Trabajo.

Todos juntos forman una especie de martirologio que no puede olvidarse a la hora de la compensación nacional para que la guerra tenga como corolario la transformación de nuestra patria en el suelo de los obreros redimidos. Si así se hace, el mundo obrero de nuestra España se sentirá compensado. No importará la sangre derramada ni los hombres que han sucumbido. Todo y todos se darán por pagados si sobre la faz de España reina la concordia de los hombres proletarios y a ellos se les da la rienda de la goberna-

ción del país. Por ello han luchado nuestros hombres en las trincheras y por ello han dado su vida, la más preciada, por la causa revolucionaria.

LOS MUERTOS MANDAN EN NUESTRA REVOLUCION

Ellos, los muertos, son los que deben de pesar sobre el ánimo de los decaídos, de los defraudados, de los pusilánimes. Su ejemplo glorioso debe de ser un estímulo constante para que nuestra guerra continúe por los cauces necesarios de la revolución. Si que es verdad que hay que ganar la guerra por encima de todos y de todo. Por ella hemos de poner todos los sacrificios y todas las abnegaciones.

Pero al pensar que han caído tantos hijos de la patria proletaria por defender los intereses de la clase obrera, no deben de olvidar todos aquellos que tengan una responsabilidad y una misión en la dirección de los destinos de nuestro pueblo, que estos muertos exigen que el proletariado español encuentre la compensación debida para que la sangre y la vida inmolada por ellos encuentre a la vez una compensación como tanto sacrificio merece.

Esta es la cualidad fundamental de nuestros muertos. Esto representan en la lucha entablada en nuestro pueblo. No puede ni debe de ser sangre estéril, sino que como semilla que se ha colocado en la entraña de nuestra tierra y de nuestro ambiente moral, viene

a fructificar a la hora de la compensación como una primavera que después de un invierno de dolores y de privaciones mortales, va a florecer como la más bella de todas las estaciones que ha tenido que pasar la historia revolucionaria de nuestra patria.

Ellos, los muertos, nos lo exigen. Y nos lo exigen con la manera apremiante de su sacrificio inmenso. Nosotros no podemos olvidarlo. Su olvido sería para nosotros como una especie de traición a tantas vidas inmoladas. Y en nuestro constante recuerdo y en nuestra persistente evocación debe de ser para nosotros como un perenne acicate para que nuestras acciones se hallen encaminadas a la misma misión que ellos inmolaron a gusto la vida. De esta manera la historia proletaria de la revolución social nos compensará con noción de decirnos que hemos cumplido con el mandato de los muertos. Mandato que en sí consiste en cumplir sus promesas más preciadas.

ARIEL.

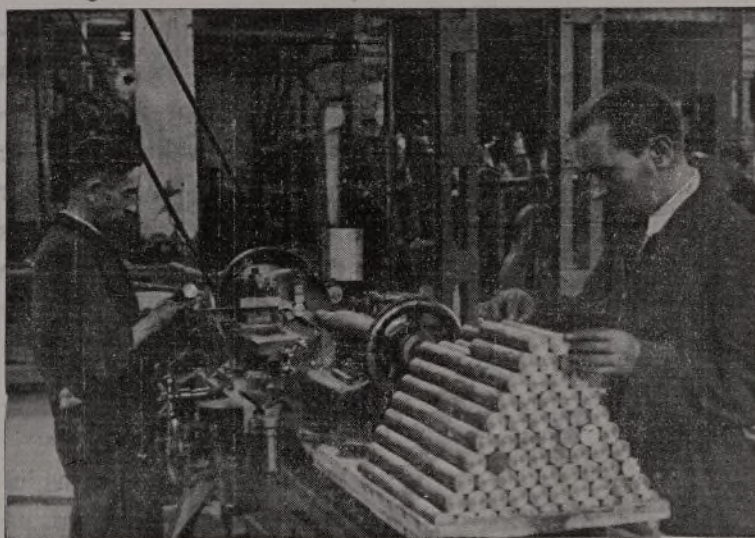


La fábrica

Elemento primordial en esta lucha que ensangrienta los campos de España, de entre el rechinar de sus máquinas y el zumbido de sus motores salen los productos indispensables para la Victoria.

Los hombres que sirven las necesidades de las máquinas gigantes, los caprichos peligrosos de esas otras máquinas pequeñas, libran día a día y hora a hora la dura batalla del trabajo sin reposo, para que a los hermanos proletarios que luchan en las trincheras no les falten ni medios ni pertrechos; para que los hombres que han hecho ofrenda a la causa de los trabajadores españoles, de los oprimidos del mundo, de sus sacrificios y hasta de lo mejor de sus vidas no carezcan de nada.

Los hombres fuertes de músculos y de mano segura que doman las impacencias del hierro, del plomo y del acero, que sienten en sus dedos el roce suave de las mezclas explosivas, tienen conciencia exacta de la trascen-



dentalísima misión que la España popular y trabajadora

les ha encomendado. Ellos saben bien el valor de cada hora

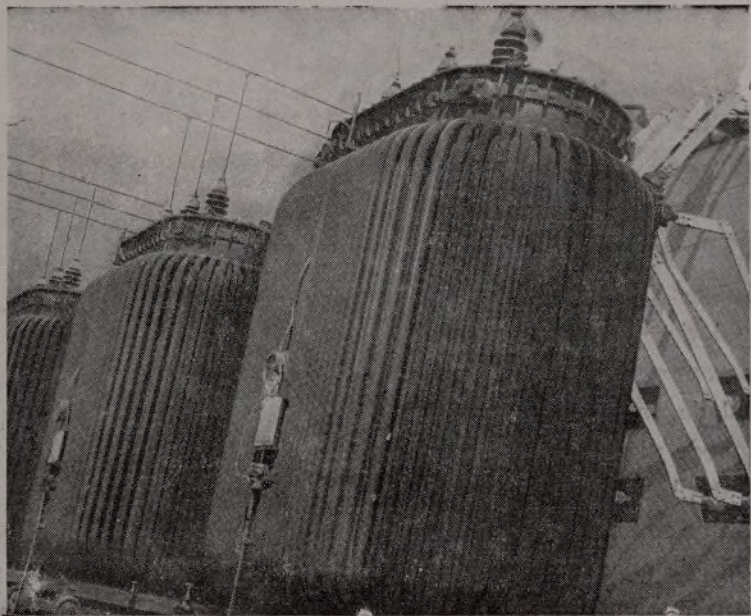
y saben que los minutos perdidos escapan para no volver. Por eso no saben ni quieren saber de descanso y de ocio.

Las grandes construcciones de la humanidad se han hecho con esfuerzo y con sacrificio. Las conquistas trascendentales son alumbramientos con dolor; siempre ha sido así; siempre será de la misma manera. Y los compañeros de las fábricas y de los talleres tienen el íntimo convencimiento de esta gran verdad de todos los tiempos y aceptan con alegría los sacrificios y los

dolores que les ha reservado la guerra y la revolución.

Sus labios y sus corazones sólo piden, sólo exigen una compensación: Victoria. Por la victoria todo lo sacrifican, todo lo ceden gustosos, como aquellos otros hermanos que manejan las armas de guerra en la avanzadilla de esta lucha que desgarrar España.

Y la Victoria será suya; les sonreirá como las hembras sonríen a los vencedores. Porque los hermanos de la fábrica y del taller han sabido vencer al cansancio y al sueño.



La trinchera

Surco abierto en la tierra dolorida de España por los hombres que buscan en la misma tierra la protección que no les brindan los espacios libres, es el símbolo más exacto y al mismo tiempo más cruel de lo que son las guerras en

rios, de los rebeldes que no quisieron acatar la suprema ley que el pueblo español intentaba dictarse a sí y a sus generaciones futuras, ley de libertad y de paz, ley que hiciera para siempre a los hombres hermanos de los hombres



el siglo XX, de lo que es esta guerra que está devastando los campos de España, hundiendo su riqueza y, lo que es más doloroso, segando en flor las vidas de miles y miles de sus hijos, de miles y miles de trabajadores que sólo querían libertad y paz.

La trinchera tiene el mismo ceño adusto que tienen los hombres que día y noche la llenan, mirando entre las sombras los destellos que pueden despedir los aceros enemigos, buscando bajo los rayos del sol el rastro que les indique la proximidad de los adversa-

y que suprimiese, también para siempre, la explotación, el vicio y el oprobio.

Los hombres que guarnece las trincheras que serpentean por todos los campos, por todas las colinas, por todas las serranías agrestes de España tienen el mismo perfil sereno y decidido, la misma visión de las cuestiones y de los problemas que les son fundamentales, el mismo ánimo dispuesto a los mayores heroísmos y la misma voluntad férrea de vencer a todo trance; y es que la victoria significa para ellos la vida clara del

futuro, limpia de tiranos y llena de todos los atractivos que a las mentes y a los cuerpos sanos, que no han sufrido el contagio de las malas pasiones, puede brindarles el amanecer de las primaveras.

Por eso todos ellos tienen duramente sujeto el fusil entre sus manos que conservan todavía los callos que hizo nacer el trabajo; por eso se agazapan tras las ametralladoras dispuestos a caer al pie de las máquinas antes que éstas puedan pasar a manos de sus enemigos. Por eso también, por entre las aspilleras de las trincheras, por entre esas troneras que se abren sobre los horizontes españoles que obedecen leyes duras y extrañas, su vista se derrama sobre esa tierra que quieren liberrar para siempre, sobre esa tierra de la que sus pies tienen ansias de carrera y sus manos anhelos de caricia.

La trinchera vive los más intensos momentos de la guerra; pero también en la trinchera se encuentran los mejores momentos de las batallas; esos momentos que se tradu-

cen en resistencias heroicas y en ataques decididos, llevados hasta el fin con el ánimo sereno de los inmortales, para cambiar de trinchera, para hacerse la propia cuna en la trinchera por la que hasta el momento anterior había servido para proteger a los tiradores y a las máquinas de guerra de los enemigos. Son así esos



hombres de las trincheras. Quieren a sus trincheras, pero las quieren como tierra pasada, para mirarla desde lejos viéndola segura a sus espaldas, descompuesta como trinchera pero fecundada ya para recibir en su seno el trabajo que ha de redimirla, que ha de levantarla sobre su condición de ingenio de guerra para convertirla en tierra dócil a la caricia de los trabajadores libertados.



Almas de gesta

¡Miradlos! ¡Son el pueblo! Son los mismos que hace un año se derramaron por todos los campos, por todas las calles de la España estremecida por la rebelión, llevando en sus bocas reseca los gritos más ardientes de la libertad y empuñando las armas que habían de hacer posible el futuro de paz que palpitaba en sus anhelos jóvenes.

¡Miradlos! ¡Miradlos bien! Son la Infantería hecha con carne y alma de pueblo, que durante un año ha derramado torrentes de sangre y ha superado todas las lindes del heroísmo, para que sobre los trabajadores españoles, sobre los oprimidos del mundo, no se engarfiase, dura y cruel, la garra de la tiranía y de la opresión.

Son los mismos. Ha cambiado su atuendo y su aspecto; muchos faltan de los que fueron en el julio de 1936, pero también muchos más se han agregado a los núcleos estremecidos de pasión y de anhelos de entonces; pero el alma es la misma, idéntico el espíritu, igual el heroísmo, gemelos los ideales, tan férrea como entonces su voluntad de vencer, y como entonces siguen siendo capaces de los más grandes sacrificios.

Es la Infantería que abrió

de asombro los soles del estío, y arrancó millones de hermanos proletarios a la tiranía y miles de kilómetros cuadrados de patria a la opresión. Son los hijos del pueblo, nervio de todas las batallas, empuje de todas las conquistas. Con ellos va el alma limpia y clara de todos los luchadores de la libertad; en ellos, músculo y coraje, temple y energía, se resumen y se exaltan todas las virtudes y todos los heroísmos de que son capaces los trabajadores de España.

Ellos han llevado en todo momento el peso de la guerra, han soportado serenamente las



pruebas más duras, iluminados por sus ideales de libertad

y de paz. Por encima de todos los medios mecánicos, de todas las máquinas de guerra, se impone siempre la fibra y el valor de los soldados de Infantería, que son también siempre los que rubrican las victorias con la ocupación de los reductos enemigos. No puede pensarse una guerra, incluso en el siglo de la mecanización, sin que una infantería heroica dé generosamente su sangre para lograr los triunfos que a ella fueron encomendados. Y no ha victoria posible sin que esa Infantería entre estoica y heroicamente

en el fragor de los combates, llevando en sus frentes sudorosas y sucias de polvo y de humo la luz radiante de los hombres decididos a los mayores sacrificios para asegurar el futuro de paz de los pueblos.

Ellos salieron de las filas del pueblo; al calor de los pechos de los trabajadores forjaron los primeros batallones; aquellos batallones que supieron de la gloria de los primeros días, de los heroísmos de Madrid, Alcalá, Guadalajara, Toledo, Guadarama... y tantos y tantos otros, por sólo nombrar los que tuvieron lugar en las proximidades de Madrid.

Al cabo de un año de lucha, los mismos ideales inflaman los corazones de todos los luchadores. Y los trabajadores españoles siguen su actuación, sintiendo bullir en sus pulsos la admiración por los héroes que día tras día han sabido llevar en alto los más queridos ideales de todos los oprimidos.



Alba entre el dolor

Les llegan vidas quebradas, cuerpos rotos, con esas grandes heridas, bocas sin dientes, por las que se escapan las palpitaciones desgarradas de la existencia que se marcha. Y ellos, blanco y sereno, recogen de entre las angosturas dolorosas que abrió el acero, esas gotas de sangre, preciosas por ser de hombres, sin término de comparación posible, por ser sangre de los hijos que el pueblo ha puesto al servicio de su propia liberación.

Blanco y consuelo, los ca-

maradas todos de Sanidad llevan entre la albuja orillante de los hospitales esas gotas de sensibilidad humana, que son un bálsamo de las peores heridas; ellos llevan aliento a los que flaquean, alegría a los que se entristecen ante su propia desgracia, tranquilidad a los que se desasosiegan por sus dolores, confianza a los que temen males irremediables, y, por encima de todos, esperanza a los que tienen el alma agarrotada por sus sufrimientos, y serenidad a todos los que gimen las desgarraduras de su cuerpo en el

aire quieto y sereno de los hospitales.

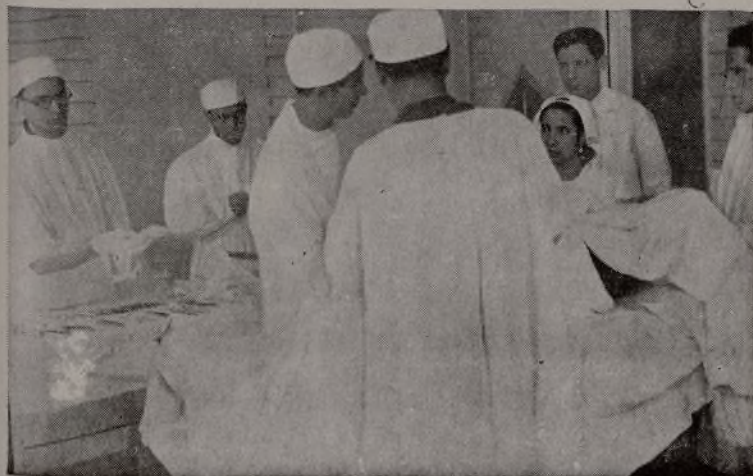
Alba entre dolores y miserias, ellos tienen desde el heroísmo de los luchadores de primera línea, hasta la capacidad de sacrificio silencioso de los mejores compañeros de la retaguardia. Incansables, hora a hora, dedican todos sus desvelos a atender a los que sufrieron en sus propias carnes los zarpazos brutales de la metralla y de las balas, de los que vieron cómo el mundo giraba entre espasmos de dolor y entre ayes de los camaradas caídos junto a ellos.

Hombres y mujeres que sienten en sus propios cuerpos el dolor de los cuerpos que se retuercen sobre las mesas de operaciones, o que yacen postrados por el dolor y por la fiebre sobre las blancas camas que las manos cuidadosas de las compañeras de pueblo y de lucha supieron prepararles para aliviar sus sufrimientos. De una manera silenciosa, como quien cumple un rito solemne, ellos llevan de herido en herido sus consuelos, su ciencia y el esfuerzo de sus cerebros cultivados y de sus manos ágiles. Saben curar el cuerpo que la trinchera les envía destrozado, pero saben además curar

el alma que la guerra les envía sin valor y sin seguridad en su propio destino y en el destino de todos sus hermanos de lucha y de sacrificio.

Albuja de amanecer a vida nueva, tienen en sus labios la sonrisa amable de los que han sabido sacrificar hasta su capacidad de resistencia ante los dolores ajenos, para conseguir llevar esperanza y consuelo a los que sufren, serenidad a los que lloran su desgracia, y esperanza a los que miran el porvenir con los ojos dilatados por las visiones espantosas que éste les brinda.

El pueblo ha sabido comprender la trascendencia de su misión y la grandeza de su sacrificio. Y en todo momento tiene para los hombres y mujeres blancos frases de admiración y de respeto. Y es que el rojo que hace las cruces que ostentan en sus brazaletes, es rojo de sangre del pueblo que su habilidad, su competencia y su sacrificio supieron arrancar a las Parcas.



Ha pasado un año



Ha pasado un año desde que el pueblo sintió el primer estremecimiento de alegría y dolor; alegría, porque habían finalmente sonado las campanadas solemnes, nuncios de libertad; dolor, porque juntamente con el sonido de los bronces que hablaban de libertad, se elevaban al cielo ardiente de julio los primeros ayes de los heridos, los primeros suspiros de las madres que perdieron a sus hijos, de las



mujeres y de los hombres del pueblo que tenían que lamentar la muerte de sus seres queridos.

Ha pasado un año desde que por las calles y plazas de todas las ciudades, de todos los pueblos, de todas las aldeas y de todos los campos de España se derramó el clamor alto y fecundo de los oprimidos. Y a medida que el tiempo pasa se fijan las visiones



cinematográficas que entonces recibieron nuestras retinas y se levanta el edificio magnífico de la lucha del pueblo

para la conquista de sus libertades.

Y por encima de todos los entusiasmos, de todas las alegrías inermes, siempre los vigías avanzados del pueblo, siempre los guardianes celosos cumplidores del deber que la guerra y la revolución les impone, para que esas manifestaciones de alegría no se vean turbadas por el estampido de la tragedia y para que en los oídos de las multitudes no resuenen más que los vítores y los gritos de júbilo con que los pueblos acogen su liberación.



Hombres de nuestro ejercito

Antonio Garijo

Antonio Garijo. Tras el esquema de ese nombre y apellido se encuentra un verdadero jefe del Ejército del pueblo, uno de esos hombres que en el cumplimiento de su deber han sabido colocarse en el puesto que la guerra y la revolución les ha confiado, y que a lo largo de doce meses de lucha agotadora, han sabido hacerse dignos de la confianza de los trabajadores en armas.

Todos los camaradas que trabajan junto al Comandante Garijo coinciden en afirmar las excelentes cualidades que éste reúne. Y es precisamente el testimonio de los que día a día y hora a hora han contemplado su labor y su actuación el que más puede valer para afirmarnos en esta opinión y el que puede suministrar los datos más exactos.

Diplomado de Estado Ma-

yor, desde el primer momento de la rebelión Antonio Garijo se incorpora íntegramente al lado del pueblo en armas y marcha en aquel julio radiante de ansias de libertad y de redención, junto a los hombres de manos encallecidas que se lanzaron a la conquista de lo que sus eternos explotadores querían arrebatárselos. En su primera actuación trabaja al lado de uno de los Generales que siempre han sabido hacer honor a la palabra empeñada y que también en todo momento ha cumplido íntegramente con los compromisos contraídos: el General Pozas. Entonces el hoy Comandante, era el Capitán Antonio Garijo, que conoció, vivió e intervino de cerca en las jornadas de julio, en Madrid primero, en Alcalá de Henares más tarde, en todos los sitios y en todos los lugares adonde

le ha llamado el cumplimiento de su deber siempre...

Genio e ingenio militar, conserva siempre la serenidad que es compañera inseparable de la victoria; en los momentos de peligro inminente, cuando los espíritus débiles se sienten dispuestos a la inactividad y al dolor quieto que nada soluciona, que solo contribuye a acelerar los desastres, Antonio Garijo sabe ser el hombre que, sobreponiendo a la tensión espiritual del momento, conserva íntegramente clara su mente y su inteligencia para buscar las soluciones del conflicto.

gran iniciativa respalda esa serenidad, y cuando todos vacilan él sabe encontrar la palabra de aliento y el concepto preciso que es necesario para seguir por el camino de liberación que el pueblo se ha impuesto a sí mismo, y que ha confiado para que lo hagan realidad en manos de hombres que tengan el temple de espíritu y el valor sereno de Antonio Garijo. Callado, hombre de pocas palabras y de muchos hechos, es también el amigo atento y cortés, dispuesto siempre a atender amablemente al que llega a él pidiendo consejo o ayuda. Y su simpatía termina por captarse íntegramente las de todos los que lo conocen, las de todos los que con él tienen que convivir en estas jornadas en las que se está ventilando, no sólo el porvenir de libertad y de paz de los hijos del pueblo español, sino también el porvenir de paz y de libertad de todos los pueblos del mundo, de todos los trabajadores de la tierra.

Del Estado Mayor del General Pozas pasa al Estado Mayor del Ejército del Centro, y aquí revalida nuevamente sus conocimientos y su capacidad, y se encuentra en condiciones de poder continuar desarrollando las iniciativas que le sugiera su inteligencia fecunda. Y en la Sección de Información del Ejér-

cito del Centro colabora estrechamente en la organización de sus difíciles y delicados servicios, hasta lograr que esos servicios, que inicialmente se desarrollaron penosamente, con escasa eficacia, porque no otra cosa podía esperarse de un Ejército en el que predominaba la improvisación, lleguen a adquirir una eficacia, un sistema y un método, que los coloca a la altura de los mejores y que hace que puedan parangonarse con los servicios mejor organizados y más eficientes.

Una de las mejores pruebas de su prestigio y de su capacidad y conocimientos técnicos nos la suministra el hecho de que sus servicios son requeridos al mismo tiempo en diversos lugares; cuando el General Pozas se hace cargo del mando del Ejército del Este reclama al que rue su colaborador de los primeros tiempos de la guerra; pero Antonio Garijo se ha hecho indispensable en el Ejército del Centro y en él continúa, ligado a sus jefes por vínculos de labor eficaz y de gran rendimiento, y ligado también por sus propios afectos a estos campos en los que se está decidiendo el porvenir de España y la victoria en la guerra. Por eso Antonio Garijo continúa entre nosotros; porque en los mandos del Centro se le considera indispensable, y porque también él ha tomado cariño a estos frentes que han recogido sus desvelos y que han contemplado los éxitos que su capacidad militar ha contribuido tan grandemente a forjar.

Antonio Garijo, Comandante de Estado Mayor: hoy tiene la simpatía, la admiración y el respeto de todos los que luchan al lado de los trabajadores españoles. Cuando la paz haya vuelto a cubrir con su manto sereno los campos estremecidos, el pueblo sabrá rendirte el homenaje sincero y sentido de que durante un largo año de incesante batallar te has hecho merecedor.

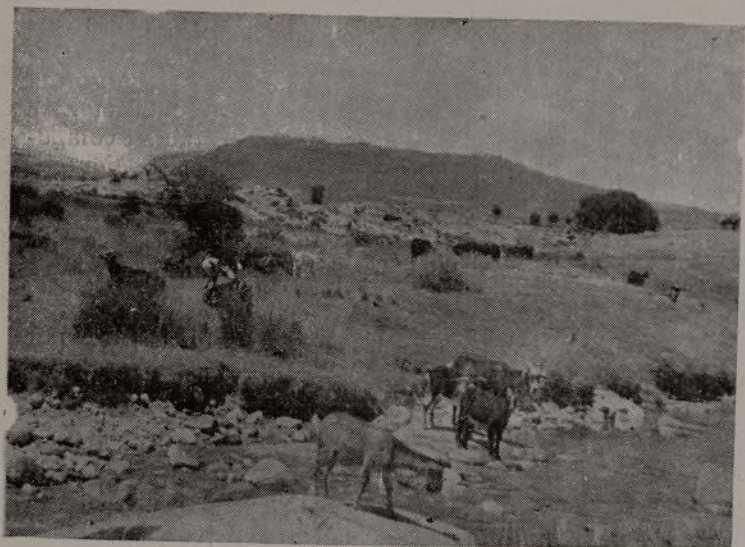


La montaña



Crestería de piedra dura y balido de ovejas; pelambre tierna de recentales se derramaba por tus laderas y por tus caminos estrechos en zigzag y verdura, cuando los hombres crueles, de almas retorcidas como los árboles viejos que sacan de sus entrañas la savia que necesitan para

nes, caricias y música, existe hoy únicamente dolor y miseria, sangre y lucha, rencores y odios que sacuden hasta las raíces del pelo de los hombres que se descuelgan fusil en mano por tus laderas, con el cinto lleno de granadas y el blanco de sus ojos turbio por la desesperación, la ira y el do-



sus vidas que se pierden en el tiempo lejano, llenaron de rumores de muerte tus ámbitos serenos, y volcaron en tus oídos asombrados el rugido de las batallas y los ayes de dolor de los caídos.

Tus aristas, tus árboles, tus piedras, hasta las más pequeñas de tus hierbas no comprendieron por qué, donde siempre hubo paz y cancio-

lor. Y es que tu alma blanca y verde no comprende, no puede comprender, las facetas de las almas de los hombres, negras de ambición, rojas de crueldad, amarillas de envidias y malos deseos.

La serenidad augusta de tus picachos ha huído a refugiarse en las cuevas más hondas, y desde allí escucha el rumor lejano de las batallas. Pero



días vendrán en que la calma vuelva a reconquistar las aristas de tus rocas y el verde de tus prados pequeños, y entonces nunca más tendrás que contemplar la desesperación y el dolor, el egoísmo y las pasiones de los hombres, que volverán también a vivir en la armonía de los tiempos vírge-

nes de la humanidad, cuando no había tuyo ni mío, cuando por encima de las ambiciones se levantaba radiante, en luz de joya temprana, la vida sencilla y austera, que sólo tenía cadencias mudas de amores y ritos sencillos de vidas ingenuas.



La llanura



¡ Campos de horizontes lejanos, que despleguéis vuestra tierra de ocre y dorado hasta más allá de las fronteras que abarcan nuestros ojos!

¡ Campos de espigas que se doblan como los torsos enérgicos de los trabajadores de España, alimento aquéllas, esperanzas éstos, síntesis clara de futuros limpios!

Tierra dura, madre de esfuerzos, color de piedra y trabajo, que sabes de yuntas y sabrás de tractores que conquisten trabajo y frutos maduros: por encima de tus terrones se ha desgranado el fruto amargo de la batalla, pero pronto sabrás de las canciones que ríen trabajo y cosecha.



Sabor de siega y regusto de arado; cantos lentos, que en la llanura no hay prisa... y rumor de madera que rueda llevando en su alma cadencias de trabajo y sobre sus estrías resacas amor de mano encallecida hasta la sombra de los cobertizos...

La guerra ha pasado cerca de vuestras lindes inseguras y el trabajo y la libertad sintieron el estremecimiento del peligro inmediato. Pero vuestros

hijos, con sus almas templadas en la austeridad que les brindas a sus vidas jóvenes, supieron rechazar a los que años y años te quitaron la sonrisa y la alegría de las vidas humildes.

Ha pasado un año; y cuando las vidas jóvenes vuelvan a cantar su alegría y a reír sus canciones, los fantasmas de dolor y de muerte, de sacrificio y de sangre se habrán marchado para siempre con

los señores sin alma que sólo veían en tus espigas promesas de oro logradas con explotación cruel y con utilización baja de tus hijos y de tus amores.

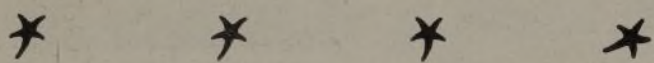
Llanura, tus horizontes se alejan del dolor. Son las ar-



mas que en manos de tus mismos hijos han sabido arrosstrar, impávidas, la acometida de los rebeldes las que te asegurarán para siempre la paz de los trigos dorados.



HOMENAJE A LA AVIACION



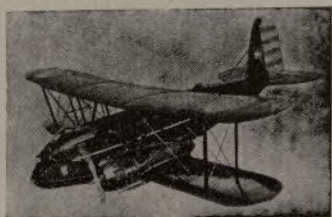
Perfil del aire



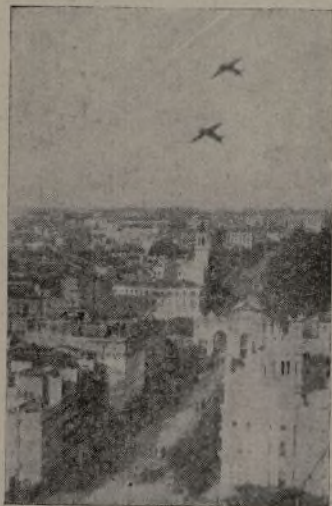
Las alas de la República han terminado por conquistar todos los cielos de España y han impuesto su ley en esos confines infinitos donde meses y meses había imperado el capricho de las alas negras de los enemigos de la causa popular y liberadora. Alas tricolores, línea intrépida, palpitante de velocidad, aguda como los proyectiles que disparan las ametralladoras e inexorablemente segura como las bombas que dejan caer vuestros pilotos: en vosotros se cifran las grandes esperanzas de todos los españoles leales y vosotras lleváis, ligada a vuestros giros graciosos y a vuestro vuelo seguro las mayores ilusiones y la admira-

ción de todos los trabajadores de España.

Los caballeros del aire han sabido captar, hasta los más pequeños detalles, la trascendencia y el alma de esta gigantesca contienda que se está ventilando sobre los campos españoles, y, conscientes de la importancia de la misión que les está encomendado, se lanzan, con la serenidad y la intrepidez de los héroes, a las mayores audacias. Su lema es sacrificio y victoria; y su misión termina casi siempre con los mayores y más rotundos éxitos, porque la fortuna y el



azar, no ya marchan de su brazo y en su apoyo por ser áudaces, sino que, asustadas de sus mismas audacias, de sus grandes temeridades, no admiten que el fracaso o la desgracia tiendan sobre nuestros aviadores sus velos de tragedia.



El rombar de los motores de nuestra gloriosa aviación arrulla el sueño de todos los trabajadores de España; las mujeres y los niños sienten por nuestros aviadores la mayor de las simpatías: la simpatía que sienten los débiles por aquellos que les prestan su apoyo y su defensa y que llevan el castigo a los que les hicieron temblar el pánico de las explosiones salvajes y de los hundimientos e incendios



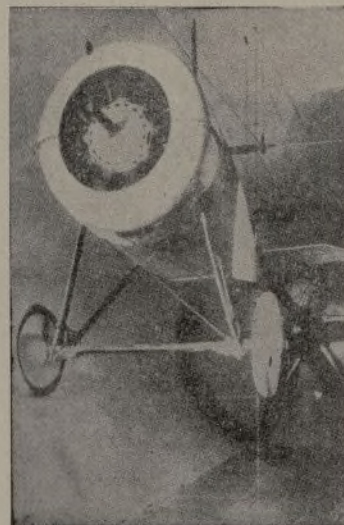
que cegaron sus pupilas abiertas a todos los desastres, estremecidas por todos los espantos, y que sacudieron sus cuerpos que nada sabían de dolor y de lucha. Y al mismo tiempo su vuelo raudo y seguro es la gran amenaza de todos los que desde el aire quieren atacar a nuestras poblaciones de retaguardia, de todos los que, fiándose en la impunidad que dan las grandes distancias, que dan los espacios lejanos, piensan llevar el dolor, la desesperación y la muerte a los hogares que viven lejos de las trincheras.

¡Aviador es republicano!
¡Hombres que colaboráis con vuestro heroísmo y vuestro esfuerzo al dominio del aire



por el pueblo español! ¡Llor a vosotros, síntesis de todas las virtudes revolucionarias y guerreras de que es capaz nuestro pueblo heroico!

Los aviones tricolores, cantan himnos de Libertad.



ESTO AYUDA A GANAR LA GUERRA



De entre todos los soldados del pueblo, quizás sean los soldados de Intendencia los que menos impresionan a los combatientes y a la población civil de la España leal; ellos no tienen en su haber el brillo que dan los combates enconados ni las acciones de guerra en las que se contabiliza de una manera inmediata la victoria y sus consecuencias. Su labor es una labor constante, inexcusable, duradera, que no admite suspensiones ni casi retardos, por muy duras que sean las circunstancias en las cuales haya que desarrollar la labor de abastecimiento y de llevar los alimentos a los combatientes de primera línea.

Y, sin embargo, los soldados de Intendencia cumplen

una misión tan esforzada y peligrosa como pueden realizarla los más arrojados de nuestros soldados populares; cien-



tos de ellos han caído bajo las balas y la metralla de los invasores al cumplir el deber que su cargo les impone. Y siempre han cumplido su misión agotadora por encima de todos los esfuerzos, de todos los sacrificios, de todas las dificultades.

Ellos son la palanca que hace posible que el combatiente pueda mantenerse en su puesto, atento a los movimientos y a los ataques de los adversarios; ellos llevan al combatiente los alimentos que le son necesarios para conservar sus energías, y se los llevan, por adversas que sean las condiciones del momento, del terre-

no o del tiempo. Por encima de todas las dificultades se impone siempre para los luchadores de la Intendencia la necesidad ineludible — demandada de una exacta visión de su deber y de un cierto afán de cumplirlo exhaustivamente — de llevar a cabo la misión que le fué encomendada. Para ellos las dificultades son acicates que los impulsan a intensificar la labor, y siempre llegan a las avanzadas entre la alegría de sus compañeros que ven cómo les llegan las municiones de boca, tan necesarias como las de combate, para vencer al adversario común, que con todos los medios a su



blo conquistó a costa de tantos sacrificios y de tantos dolores.

Los soldados de Intendencia, indispensables como todos los demás para lograr la victoria, tienen también en su haber el ser los soldados a los cuales los combatientes acogen con mayor alegría, porque les llevan lo necesario para seguir combatiendo con todas sus energías a los rebeldes.

Y los soldados de Intendencia compartirán con todos los demás soldados del pueblo la gloria de haber formado en las filas tensas de la España popular y de haber contribuido con su esfuerzo, con su tesón y con su heroísmo a lograr la victoria tensa que cuajará inexorablemente en tensos frutos de libertad y de paz para todos los españoles y para todos los oprimidos del mundo.



EL MOMENTO

Muchos homenajes se han rendido, muchos. Unos, no eran sino un sarcasmo; otros, no pasaron de ser unas parodias, cual esos actos formula-

rios con que se premian méritos que no se tienen o, aun teniéndose, no guardan ninguna relación con el personaje que los recibe. Por ejemplo:

la concesión del honorable doctorado al Negus por la Universidad de Cambridge. Hay otros, por el contrario, tan naturales como la vida

misma. Esto es lo que acontece con este homenaje que hoy, a los trescientos sesenta y cinco días, dedicamos al pueblo, a este pueblo que ha escrito cada uno de estos días una fecha inolvidable.

El ambiente está cargado. El Gobierno de los políticos que no supieron desarmar a la bestia negra de la reacción, quiere evitar, sea como sea, que la tormenta preparada por su inepticia y por otras faltas, se desencadene, llenando España de dolor y de luto. El pueblo vigila los alrededores de los cuarteles. El 19 de julio el pueblo empieza a actuar, y lo hace con tal decisión, con tal dominio de sí mismo, que como el 12 de abril de 1931, supera infinitamente la obra nefasta de los políticos, que ni supieron gobernar como las ansias populares requerían ni como su ilusión esperaba del nuevo régimen.

Los políticos, en seis años, sólo han tenido tiempo de hacer carrera, de situarse... Sólo el pueblo ha quedado como estaba antes de aquel 14 de abril que se creyó liberador.

Bienio rojo, bienio negro... Nada: persecución y desesperanza. 16 de febrero de 1937; bienio rojo otra vez... El pueblo ha salvado otra vez la torpeza repetida por los profesionales de la revolución individual; de las escalas puestos... y sigue esperando que este nuevo esfuerzo y esta nueva esperanza serán fecundas.

Parece que no ha pasado nada en seis años... En los cuarteles se sigue conspirando como antes de la primera sublevación — la del 10 de agosto de 1932 —; en los puestos de mando siguen los enemigos del régimen; los que, como Mola, debieran estar en prisiones, pues se escapó de



(י) כולל-התורה

A black and white photograph showing a massive crowd of people, likely at a political rally or public demonstration. Many individuals in the crowd have their arms raised, some holding small objects or flags. The crowd is dense and fills the frame from the foreground into the distance. In the upper right corner, there is a small, partially legible text overlay that reads "MARY ROSE" and "1934".

Rasgando la atmósfera

Rasgando la atmósfera, surcando el aire, llevan nuestros obuses la destrucción y la

las traiciones, igual en las naturas que riega el Jarama como en los picachos serranos.

Ante su significación, España vuelve a ser lo que fue en sus mejores épocas, y por ella, vuelve a ser el español, el nombre que lucha en la España leal, el mejor material humano para construir de sus propias ruinas y de su propio dolor, la España libre, la España nueva que soñaron sus periodistas honrados, sus artistas que no perdieron su dignidad de hombres libres y aquellos hombres cimeros que se murieron caídos por la más horrible de las desesperanzas al verla sometida a un yugo infamante; aquellos hombres que, como Costa, tanto sintieron el dolor de este pueblo y que en esta lucha tan digno se hace a todos los recuerdos y a todos los homenajes.

¡19 de julio de 1937! El recuerdo de todo el heroísmo derrochado, el número incalculable de las víctimas inmoladas, el volumen del destrozo hecho en nuestras ciudades y pueblos hasta convertir media España en una escombrera; todo este dolor y este martirio es en este día glorioso, el resumen de tantos como días llevamos sosteniendo esta lucha sin precedentes. Por ello le rendimos el homenaje más emocionado a este pueblo impar, que mantiene con su titánico esfuerzo en nuestro corazón la firme convicción de que sobre tanta sangre y tantas ruinas levantará una España nueva, sin castas y sin clases, para que este crimen no pueda ser repetido.

muerte a las filas de los rebeldes. Y al pie de sus piezas nuestros heroicos artilleros son la mejor garantía de firmeza y de serenidad, de victoria segura para la causa del pueblo español, para la libertad de todos los pueblos del mundo.

A caballo en el viento, con la velocidad en sus estrías y el estallido sujeto entre sus capas de acero, allá van los disparos de nuestra artillería hasta los objetivos que se pretenden batir. Y junto a los cañones que aún humean por sus bocas que cantan victorias, los artilleros, firmes en sus puestos, seguros de su misión y dispuestos a cumplirla agotadoramente, por muchas que sean las dificultades, por grandes que sean los sacrificios que tengan que realizar.

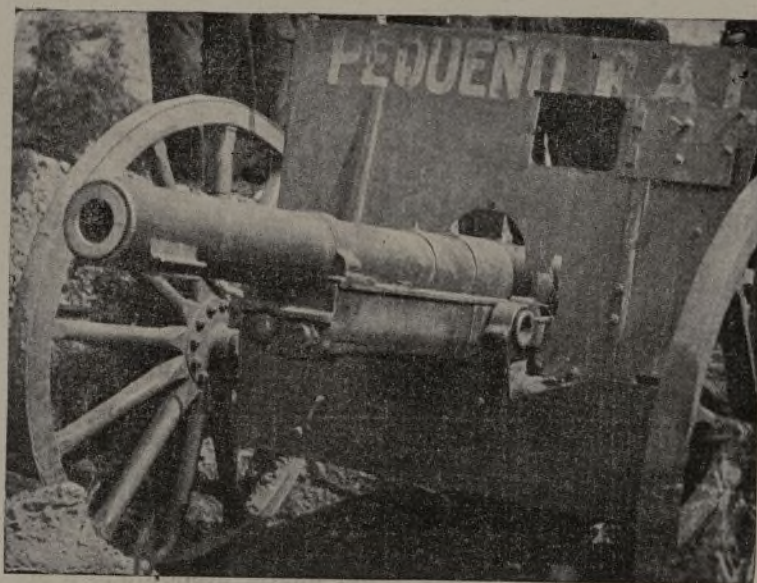
¡La artillería del Ejército



popular! Magnífico ejemplo de técnica y de valor sereno, compendio de todas las virtudes calladas de que es capaz nuestro pueblo, ejemplo de los heroísmos que es preciso imitar para que las esperanzas de

todos los trabajadores del mundo no estallen como pompas de jabón, sino que cumplan los objetivos que su misma confianza les ha asignado

ses y las bombas de aviación de los rebeldes, se dibuja cada día, con rasgos más acentuados, la sonrisa con que se acoge la victoria. Seguid en vues-



de una manera segura y cierta.

¡Artilleros de España! En vuestros conocimientos y en vuestro valor se encuentra uno de los pilares sobre los que se levantará la vida limpia y clara del pueblo español, y sobre los que se apoyarán los trabajadores de todos los países para ver convertidas en realidad sus ilusiones de libertad y paz.

En vuestros rostros cubiertos de polvo y que tantas veces se han visto envueltos por el humo de vuestros disparos y en cuyos oídos han silbado en tantas ocasiones la tétrica canción de la muerte los obu-

tro puesto, preparad vuestro espíritu a nuevos heroísmos, que el pueblo español no olvidará nunca que la paz que disfrute en el futuro os la deberá en gran parte a vosotros mismos.



La huerta

¡Paz! ¡Paz! cantan las hojas de tus árboles.

¡Paz! ¡Paz! susurran las aguas que sobre ti derraman los regadíos.

¡Paz! ¡Paz! cacarean tus blancas gallinas.

Y hasta los más pequeños animales que viven en tu suelo, hasta las más chiquitas plantas que en ti nacen, hasta

llega el fulgor siniestro de los incendios que provocaron las granadas y la pólvora.

Es que unos hombres malos quisieron dominar, esclavizar a aquellos otros que años y años han venido acariciando con sus manos ásperas tus terrones oscuros y feraces. Es que hay hombres que no quisieron comprender la canción



volverá más lozana y radiante que nunca, porque volverá con la libertad y con el trabajo redimido de la esclavitud.

Para eso tus hijos mejores

que así lo impone, así lo exige la sangre derramada por los mejores de sus hijos.

Y entonces, tranquila y serena para siempre, augusta en



el aire que te envuelve y acaricia, cantan la canción suave de paz y de hermandad.

Y, sin embargo, la guerra ruge en lontananza y hasta ti

dulce de paz y concordia que tú sabes cantar tan deliciosamente.

Por eso tú, hoy, cuando sientes en tus entrañas atemorizadas la caída del grano y el germinar de las simientes, las acoges y las rodeas más amorosa que nunca para que se hagan frutos sanos y abundantes, sustento de aquellos hombres que quieren devolverte la paz que tú tanto anhelas.

No te preocupes. La paz



están dispuestos a sacrificar todos sus amores, a ofrecer todos sus dolores, a inmolar todos sus heroísmos. La paz volverá para ti y para todos los trabajadores de España, por-

tu sencillez conmovedora, podrás cantar eternamente tus églogas de paz. Que irán además acompañadas de los cantos de libertad que entonen tus hijos predilectos.



la Aldea



Casas modestas, casas del color de la tierra en que os levantáis, pilares desiguales sobre los que se levantan los modestos hogares de trabajo y de esfuerzo cotidiano, que habéis sentido como nadie de cerca la dureza y la crueldad de la guerra; para que la paz vuelva a vuestras calles en zigzag, para que se aleje de vuestros horizontes— para siempre—, el fantasma tétrico de la guerra con sus explosiones y su sangre perdida para que nunca más vuelvan a estremecerse vuestros muros débiles al sentir el zarpazo doloroso y brutal de la metralla, es por lo que vuestros hijos han dejado los instrumentos de trabajo y han cogido entre sus manos encallecidas por la labor de cada día las máquinas y los instrumentos con los que se gana la guerra.

Pero vuestros hijos llevaban consigo algo más que las armas; éstas son indispensables para asegurar el porvenir de libertad y de paz a todos los

trabajadores de España, para garantizarles la victoria a que les dan derecho sus sacrificios y la sangre que han derramado. Pero todo eso no es bastante para conquistar la victoria. Para lograrla limpia y exacta es preciso tener también la voluntad firme de vencer, quererla ardientemente, apasionadamente, y poner en contribución todas las fibras heroicas y tenaces. Y eso es, aldea, lo que han llevado tus hijos a la guerra. Con esas ar-



cuando hace un año que el pueblo español mantiene la lucha contra los que han pretendido dominarlo y hacer que continuase sometido a la tiranía y a la opresión como lo ha estado en los años pretéritos, todos tus hijos, aldea, renuevan las solemnes promesas tácitas que entonces hicieron. Y hasta en tus piedras que llevan en sus caras el paso de los años, se ve la firme decisión de vencer y de asegurar al paz a todos los humildes de la tierra.

Aldea. Estampa de pueblo con alma de pueblo. Tú has sufrido como nadie los horrores de la guerra, y tus casas humildes han notado en sus propios muros, que son de carne de piedra, las brutales sacudidas de la metralla. Pero también para ti llegarán, junto con la victoria, las églogas de la paz y del trabajo por las que luchan tus hijos mejores.

mas, que sólo pueden encontrarse bien templadas en las almas del pueblo, es cómo la Victoria sonríe siempre. Inexorablemente, por sobre todas las dificultades, por encima de todos los momentos difíciles, pasará inflexible y segura la victoria de los hombres que combaten con tales armas.

En este aniversario solemne de los primeros combates,





¡HIJOS DEL PUEBLO!

Desde hace un año los rebeldes y sus aliados extranjeros, forcejean inútilmente buscando el paso hacia la victoria que no encontrarán jamás.

Desde hace un año cientos y cientos de hermanos proletarios han sufrido en su carne los zarpazos de las huestes extranjeras que arrasan los campos de España.

Trescientos sesenta y cinco días han transcurrido desde que el pueblo tomó las armas que siempre le habían sido negadas, incluso por los que se llamaban sus amigos, para derrocar para siempre a los que detentaban, juntamente con las riquezas materiales, todas las preeminencias sociales y todas las fuerzas políticas de dominación y de opresión.

Doce meses han contemplado los soles y las lluvias, los vientos y las nieves, y han visto como los trabajadores españoles sostenían heroicamente las más rudas batallas en defensa de sus libertades, en defensa del futuro de paz y de trabajo fecundo que quieren para sus hijos, para los hijos de sus hijos, para todas las generaciones futuras.

Aniversario en armas. ¡Un año de lucha y de sacrificios! Un año de heroísmos sin cuento y de dolores hondos, que jamás hubiera transcurrido así, si la intención de las potencias fascistas, y la inactividad suicida de los países democráticos, no hubieran dado lugar a equilibrar una contienda que podía haberse decidido en pocos días.

Pero el pueblo sabe superarse a sí mismo y vencer todas las dificultades cuanto ante él se presenta, en toda su intensidad trágica y vital, el dilema hamletiano de ser o no ser, de llegar a la vida clara a que su capacidad de trabajo y su voluntad de libertad le da derecho, o de continuar sumido en las tinieblas trágicas de la opresión sin alma, y de la explotación sañuda y cruel de los plutócratas del mundo entero. Y así, pese a todas las ayudas que los rebeldes han recibido de las potencias fascistas, pese a la inactividad inconsciente y suicida que han observado los países que se llaman democráticos, ha sido posible que continúen alzándose en los horizontes próximos las luminarias de redención y de victoria.

¡HIJOS DEL PUEBLO!

Un año de lucha y de dolores ha sido vencido por vuestra tenacidad y por vuestro heroísmo. Y en esta fecha solemne del aniversario, con más orgullo que nunca, con más decisión de victoria que en ningún momento, afirmamos que sobre todos los ámbitos de España resplandecerá la victoria del pueblo, el triunfo de los oprimidos, la alegría de los que durante siglos y siglos sufrieron en su propia carne la brutalidad de los eternos tiranos.

Hoy, como ayer, como siempre, el pueblo sigue teniendo en sus manos los medios de triunfo y en sus corazones la decisión de los héroes, y en el aniversario sólo una palabra puede llenar nuestras ambiciones: adelante.

¡Adelante! ¡Por la victoria del pueblo! ¡Por el triunfo de la libertad!

El Comisario de la División,

M. VALLE

Ayuntamiento de Madrid

Anniversario de la primera

14: DIVISIÓN

 **Libertad**



Rim XXXVI